La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 29 DE JUNIO DE 1891 — NÚM. 496



¡FUE UN ARTISTA!, cuadro de D. José García Ramos

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

SUMARIO

Texto.—*La simetría*, por José Echegaray. – *El gran poeta*, por Enrique Fúnes. – *La letra de cambio*, por Jacobo Sales. – SECCIÓN AMERICANA: *Lima*, por A. – *Bocetos. Las olas*, por Juan O. Neille.—*Nuestros grabados.* – *Vizcondesa.* Novela original de León Barracand con ilustraciones de Emilio Bayard. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Química recreativa. La difusión de los gases*, por F. Faideau.—*Algo sobre el oro.* – *El coferdán de amianto*, por X.

Grabados.—*¡Fué un artista!*, cuadro de D. José García Ramos (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – *La venta del sevillano*, cuadro de D. José Moreno Carbonero (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890). – *Los huérfanos*, cuadro de D. Fernando Cabrera. Remitido por el Estado para la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. – Exposición de plantas y flores que se celebra actualmente en los jardines del Parque de Barcelona, bajo los auspicios de la Sociedad Catalana de Horticultura. Dibujo y composición de D. Nicanor Vázquez. – *La catedral de Lima*, de fotografía remitida por D. Salvador Teix. – *D. José Payán*, gerente del Banco del Callao en Lima. – *En oración*, cuadro de Carlos Ulrich. – *Un viejo monje*, cuadro de Velázquez, grabado por Margarita Jacob (Existente en el Hermitage de San Petersburgo). – Cuatro finos grabados de Huyot que representan otras tantas escenas de la novela que con el título de *Vizcondesa* da principio en el presente número. – *Química recreativa:* Fig. 1. La difusión de los gases al través de las paredes de una pipa de tierra. – Fig. 2. La fuente maravillosa. – *En la playa*, cuadro de D. F. Miralles, grabado por Sadurní.

LA SIMETRIA

POR JOSÉ ECHEGARAY

Yo creo firmemente que los hechos estéticos están sujetos á leyes, ni más ni menos que todos los fenómenos del orden moral y que todos los del orden físico: lo arbitrario, lo caprichoso, lo casual no existe para mí en ninguna esfera del cosmos; ni en sus grandes evoluciones ni en sus agitaciones mínimas: la ley y el orden reinan desde los espacios planetarios hasta el último y obscuro rinconcillo en que se despereza el más insignificante microbio; desde las cíclicas catástrofes de la historia hasta la salvaje pedrea de unos cuantos zagalejos de lugar.

Decir que algo *es*, equivale á decir que está sujeto á *ley;* y si tal es mi creencia invencible, claro es que no he de forjar absurdas excepciones para las mil y mil manifestaciones de la belleza.

De aquí resulta que existe la Estética, digan lo que quieran y piensen lo que pensaren los modernísimos defensores del caos universal.

Mas aún: para mí la Estética participa del doble carácter de casi todas las ciencias: es *experimental* y es *filosófica*; como la Física, arranca de los hechos; pero como la Física, necesita para forjar sus grandes síntesis al elemento *puro*, al método *à priori*, á la *metafísica futura*, si no le basta la tradicional; á la *hipótesis trascendente*, si no le basta, como no le bastará, con las *realidades positivas*.

Y entre uno y otro límite, entre el estudio práctico y minucioso de los hechos estéticos, lo mismo de los naturales que de las obras artísticas, y las grandes síntesis filosóficas desde Platón á Hegel, se escalonan como auxiliares y preparatorias las ciencias matemáticas, físicas y biológicas; no sólo como auxiliares de la parte técnica de este ó aquel arte, sino con mayores ambiciones y más amplias esferas ante sí: como factores ineludibles de la Estética futura.

Hoy todos estos trabajos son memorias sueltas, notas más ó menos extensas, monografías técnicas; pero en el fondo son rayos dispersos de luz, que ilumina parcialmente esta ó aquella fachada del misterioso templo, mientras llega el día en que todo él resplandezca con luz cenital.

Recordemos, para convencernos de esta verdad, la aplicación de la Geometría á las artes ornamentales; la misteriosa corriente de fuerza que la Mecánica hace circular por entre las masas de piedra, ladrillo y hierro en los grandes monumentos; las exigencias cada vez mayores de la pintura moderna en punto á perspectivas, comparadas éstas con aquellas perspectivas verdaderamente cándidas é infantiles de muchos maestros inmortales.

Recordemos aún los estudios matemático y físico-matemáticos de Helmholtz sobre la Acústica en sus aplicaciones á la Música. ¿No parece que casi está descubierto el misterio de las bellezas musicales? ¿No se diría al leer ciertas páginas del gran sabio alemán que ya se ha penetrado en las profundidades metafísicas de la armonía y de la melodía, sacándolas á luz convertidas en fórmulas matemáticas? ¿No está allí escrito el por qué se armonizan los sonidos ó el por qué luchan obscuramente unos con otros destruyendo en guerra microscópica sus tenues y aladas individualidades? ¿No se ve cuando las ondas sonoras llegan al tímpano y después al nervio acústico, cómo se acomodan ó no se acomodan sus vibraciones con los sistemas materiales que han de sacar del silencioso equilibrio en que se hallaban? Yo bien sé que todos estos admirables trabajos, por admirables que sean, no resuelven el problema por completo; pero sé también que son factores y datos de los cuales no podrá prescindir nadie en adelante al hablar de la Estética musical, sin caer en viejas y gastadas vulgaridades, unas absurdas, otras profundas, pero que seguirían siendo estériles sin el apoyo de los nuevos descubrimientos de la Física, de la Acústica y de las Matemáticas.

¿Se me permite un arranque que á muchos parecerá disparatado y aun brutal?; pues aunque no se me permita, allá va. Más luz da sobre el problema de *la belleza*, y aun sobre ciertas cuestiones metafísicas, la *fórmula de Fourier* sobre el desarrollo trigonométrico de las funciones periódicas, que volúmenes enteros de antiguas lucubraciones; admirables, si se tiene en cuenta la época en que se escribieron, pero deficientes cuando menos, y acaso infantiles, cuando con la ciencia moderna se comparan.

Es que hoy las ciencias se apoyan unas en otras como férreo armazón para trepar á las alturas, y que en este andamiaje de la experiencia y de la lógica, las matemáticas representan papel importantísimo; es que cada día se extiende más y más, no diré su poder, pero cuando menos su influencia. Yo creo que llegará un día en que saber matemáticas será hasta precepto de *buena educación*, y no me extrañará que cuando ese día llegue, se oiga decir que, por ejemplo, no se invitó á *D. Fulano de Tal* á una *soirée* ó á un banquete, por ser persona de educación muy descuidada: *¿qué quiere usted?, no sabe ni integrar una ecuación en diferenciales parciales*, se dirá quizá, como hoy pudiera acusársele de no usar frac y corbata blanca. Y permítaseme esta fantasía matemática.

Recordemos todavía los estudios biológicos ó de psico-física sobre el placer y el dolor. En la vieja filosofía ó en la literatura clásica, ¿qué es el dolor? ¿qué es el placer? ¿Cómo se explican estos misteriosos fenómenos? La verdad es que no se explican ni poco ni mucho. Palabras, frases, imágenes, declamaciones, arranques poéticos, lamentaciones líricas. Pues si no pueden explicarse ni el dolor físico, ni el placer de los sentidos, ¿cómo ha de explicarse la emoción estética, que es más profunda, más inexplicable todavía que el estremecimiento de los nervios ó la contracción del músculo?

En resumen, la Filosofía, la Metafísica, la Estética, todas las grandes síntesis del pensamiento humano necesitan hoy una base más sólida y más extensa que en los tiempos de Platón, ó de los escolásticos, ó que en la época de los espiritualistas de la escuela cartesiana.

El asunto es sobrado complejo para ser tratado en unas cuantas cuartillas; pero bien puedo, á fin de aclarar mi pensamiento, acudir á un ejemplo sencillísimo y grandemente simbólico. Ni más ni menos que el que sirve de epígrafe á este artículo: *La simetría.*

La simetría es un concepto geométrico, pero de todo punto vulgar.

Todo el mundo tiene idea más ó menos precisa, pero clara é inconfundible, de lo que esta palabra significa.

Un objeto cualquiera se presenta á un espejo; pues el objeto y su imagen *son simétricos.*

Un árbol inclina su ramaje sobre un río que corre lamiendo sus raíces; y bien: el árbol y su reflejo son *simétricos* de igual modo que en el ejemplo anterior.

Las dos manos de una persona, ni más ni menos que si una de ellas fuese la imagen de la otra, son dos objetos simétricos, como en todos los casos precedentes. En el lenguaje vulgar se dice *que las dos manos son iguales*, pero esta afirmación del sentido común es completamente falsa.

No: ni el objeto y su imagen, ni el árbol y su reflejo, ni las dos manos *son iguales:* son únicamente *simétricas.* La igualdad se prueba por la superposición ideal, y las dos manos, aun suponiendo que fuesen *penetrables*, no podrían *coincidir* superponiéndose.

Si el pulgar había de coincidir con el pulgar y cada dedo con el análogo, la palma de cada mano iría á parar al reverso de la otra. Y si quisiéramos, para realizar esta superposición imaginaria, que coincidiesen las palmas; los dedos cambiarían de posición y el pulgar de la una iría al dedo pequeño de la otra y viceversa.

No, los objetos *simétricos* no son *iguales*, son todo lo contrario que iguales: son opuestos.

Y sin embargo, parecen iguales á primera vista; todo lo que hay en el uno hay en el otro: las mismas partes, la misma forma, las mismas dimensiones: ¿hay nada más igual á un objeto que su imagen?

Esto dicen todos, y dicen un despropósito: debieran decir: ¿hay nada más opuesto á un objeto que su imagen? Se componen sí de los mismos elementos, pero ordenados de un modo inverso: la derecha es izquierda, la izquierda es derecha: la imagen de una persona en un espejo tiene el corazón á la derecha, ó lo tendría si tuviese corazón; pero ya se comprende mi pensamiento.

¡Y qué papel tan importante representa la simetría en la arquitectura! Tirad en un templo griego una vertical por el vértice del frontón y tendréis dividida la fachada en dos partes. En dos partes, dice el vulgo y el que no es vulgo, perfectamente *iguales;* en dos partes *simétricas* dice la *Geometría.*

El instinto de la simetría es primitivo; quizá arranca de profundas leyes abstractas del espíritu humano. Un edificio cuyo frente principal no es simétrico, parece que es incompleto, parece que se cae; hace daño á la vista, es una perturbación de esa idea del orden que lleva en sí todo cerebro. Sí, Hegel tiene razón: cada idea, cada ser, cada fenómeno, exige y provoca la idea opuesta, el ser negativo, el fenómeno contrario, ó como aquí podríamos decir, *cada parte pide la simétrica.*

Jugaba yo cuando niño á un juego muy curioso, muy instructivo y que encierra un gran problema estético y aun filosófico.

Tómese una hoja de papel: dóblese por la mitad, con lo cual se marcará un eje ó línea media, la del doblez. Y en seguida en uno de los lados ó mitades trácese cualquier figura, por caprichosa, por extravagante, por irregular que sea; y si no lo es, lo mismo da. Por ejemplo, el medio contorno de un jarrón, y sobre él unas cuantas líneas figurando flores, tallos, hojas, y al costado un asa.

Por último, antes de que la tinta se seque dóblese el papel y oprímase fuertemente una parte contra otra. Y con ello tendrá, el que esto lea, la receta para hacer un dibujo artístico, aunque el amable lector con toda su amabilidad no tenga nada de artista ni de dibujante siquiera.

Se consiguen de este modo dibujos muy curiosos, muy pintorescos, *casi bonitos*, y sobre todo de una regularidad perfecta y de una perfecta simetría.

Y agréguese á la simétrica lo inesperado de los caprichos que resultan al extenderse la tinta bajo la presión, en matices, filigranas y claro-obscuros deliciosos.

Horas y horas pasaba yo en este entretenimiento, consumiendo pliegos de papel, tinta y plumas, y realizando prodigios de simetría con sólo trazar líneas irregulares: ya eran jarrones, ó mejor dicho, semijarrones etruscos, pompeyanos, árabes ó egipcios, sin tener la menor idea del resultado, ni sospechar que existiesen todos estos riquísimos estilos; ya resultaban escudos más espléndidos que todos los de la Heráldica y que cuantos trajeron los cruzados; ya daba vida á animales fantásticos con muchas alas, muchas patas y muchas antenas; ya construía fachadas de edificios índicos, egipcios ó chinescos, totalmente imposibles, pero de irreprochable simetría.

Esto es un juego, un capricho infantil; y sin embargo, un gran problema palpita en el fondo.

La figura que yo trazaba, es decir, la media figura de lo que había de resultar, era absurda, desatinada, un soberano mamarracho: líneas sin continuidad ni belleza, contornos que no eran contornos de nada, borrones esparcidos, marañas confusas, lo imposible como dibujo, el caos de la ornamentación geométrica, el sueño de un espiritista trazando garrapatos; ni un átomo del más mínimo elemento estético ni siquiera de sentido común.

Y sin embargo, se doblaba el papel, se repetía en la otra hoja la maraña de líneas, y el dibujo se transformaba por encanto.

No quiero decir que resultase un primor de arte, un dibujo de Rafael, ni un cartón de Miguel Angel; pero digo y afirmo que el primitivo mamarracho se transformaba. Era una cosa fantástica, extraña, pero que por la primera impresión agradaba á la vista.

Antes, *ningún elemento estético*; después, cierta emoción estética, humilde, modesta, ínfima si se quiere, pero transparentando algo, así como el germen confuso de la belleza.

¿Por qué repitiendo *un mamarracho* resulta algo que ya no lo es? ¿Por qué la fealdad, cuando menos mejora multiplicándose? ¿Por qué aparece aquí la ley inversa que en la teoría de la luz?

En la Optica se dice: *luz* más *luz* á veces es *obscuridad;* y aquí resulta que *fealdad* agregada á *fealdad* hace brotar en mayor ó menor grado la *belleza.* ¿Por qué será esto?

Yo creo que la explicación será difícil, pero no im-



LA VENTA DEL SEVILLANO, cuadro de D. José Moreno Carbonero (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890)

posible. Mas aún: existe una ley fundamental de la Estética, que puede servir para interpretar el extraño fenómeno que hemos señalado; ley vulgar y harto sabida, que todos los autores repiten y todos manosean, que ha venido á convertirse en uno de tantos lugares comunes, pero que con todo eso es profunda y verdadera. La *unidad en la variedad*, dicen metafísicos y estéticos, y los escritores de segundo y tercer orden lo repiten con la solemnidad con que se repiten las cosas que no se entienden bien, pero de las cuales se tienen ciertos atisbos. Pues la simetría es el símbolo geométrico de esta ley.

¿De qué manera? En otra ocasión lo diremos, en esta nos falta espacio y quizá nos faltaría la paciencia del lector.

EL GRAN POETA

(A MI QUERIDO AMIGO DON MIGUEL PEREYRA)

(Vox populi, vox Dei)

I

¡La Belleza! ¡Resplandor inextinguible de la radiante faz del Creador Supremo; astro refulgente y eterno que va alumbrando á la Verdad absoluta y al Bien infinito; propiedad inefable y esencial del Ser; luz y verbo y acento y armonía de la Naturaleza Universal; *fiat lux* sublime y misterioso, que al brotar de la palabra divina, llenó de sol el pensamiento humano, haciéndolo imagen del Eterno, y su querida, aunque remota, semejanza! ¡Nimbo de su invisible y luminosa frente, que alumbra y guía al hombre por la riesgosa senda que ha de recorrer, cubierto de sudor y de sangre, en su tristísima peregrinación, llevándolo al cumplimiento de su providencial destino, y generando así la más elevada y la más verdadera de las religiones, la que nos acerca más á Dios!

Y como el Ser eterno y absoluto no es cosa distinta del Bien y de la Verdad supremos ni de la Belleza infinita, y el Ser es todo y todas las cosas están en Él, todas reflejan, aunque pálidamente, la luz radiosa del divino rostro y de la celestial y olímpica mirada; y la Naturaleza entera, espiritual ó cósmica, se viste así de espléndida hermosura.

Mas ¡qué impotente la belleza sensible de los seres para elevarnos hasta el remedo de la divina semejanza! Encantados en el externo cosmos de la belleza material, y anulados ante la grandeza terrible y abrumadora de los mundos, acaso presintiéramos



LOS HUÉRFANOS, cuadro de D. Fernando Cabrera. Remitido por el Estado para la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona

al Ser inmortal, oculto y providente; pero ¡cuán lejos todos de su más limitado conocimiento, y cuán distantes de rendirle adoración en culto fervoroso!

Intangible sí, pero más grande la belleza del espíritu, nos acerca á la región suprasensible donde tiene su trono la del Ser que la *esencia* y constituye; mas si el que anima al hombre no tuviese sobre todos los seres finitos la propiedad augusta de realizar por sí mismo la belleza, haciendo atravesar las luces esplendentes, que en la Naturaleza Universal ella derrama, por el prisma misterioso de su adivinadora fantasía, ¿cómo recoger en la pantalla mágica de su pensamiento, allá en la cámara obscura de su conciencia, el espectro irisado y deslumbrante de la belleza soberana?

Ardiendo así en la llama sacratísima de la inspiración, puede el hombre, á quien Dios hizo libre, inteligente y poderoso, ordenar y sistematizar por su pensamiento racional su actividad externa; combinar elementos, ya palpitantes en la realidad; sentir, por medio del simbólico panorama de la belleza finita y objetiva, la suprasensible y absoluta, y ora robando á la materia el tesoro escondido de la forma plástica, ora sorprendiendo los secretos del tiempo y del espacio para informar allí sus creaciones, arrebatando colores á la luz, al sonido la nota y la palabra y al átomo la fuerza y el movimiento, puede asimismo pronunciar su *fiat* fecundador y prepotente, al encender el faro luminoso del Arte estético, por el que manifiesta la belleza suprasensible del Ser en forma simbólica y externa; del Arte, en fin, que como escala de Jacob, desde la tierra nos dirige al cielo.

Y así, con ser artista, es el hombre remota imagen, pero imagen, al fin, del Ser Omnipotente.

II

¡El Artista! Peregrino que va delante de los hombres guiándolos á la tierra prometida; fuente donde aplacar la sed de lo infinito, no saciada en los manantiales del pensamiento; cuerda de arpa mágica y celeste, rota por el sacudimiento de guerras y revoluciones, pero que lanza torrentes de armonía cuándo los sonoros acentos del trabajo pronuncian la palabra redentora; sabio de quien sacamos grandes enseñanzas; sacerdote que ofrece á Dios nuestro propio corazón en holocausto; profeta que nos señala el rumbo de nuestros extravíos; despertador de la fe dormida y animador de la esperanza muerta; depositario fiel de nuestras lágrimas más ocultas, de nuestros más recónditos anhelos, de nuestras más secretas idolatrías; mártir perdurable de la forma, siempre vencida al fin, pero rebelde siempre, que si en la estatua sorprende nuestra humana naturaleza con admirable reproducción, en una idea, en un sentimiento, en una palpitación de nuestro ser, en el cuadro retrata con la luz el universo que abarca la mirada, prendiendo en rayos de sol la manifestación externa del espíritu; así como en la sinfonía llega á las profundidades del sentimiento, ya que no tenga poder bastante para encerrar en sí la inteligencia y el mundo material; como en el templo nos hace sentir y pensar y arrodillarnos y adorar á Dios, y así como en la plegaria y en el poema puede abarcar la creación entera, realizando la belleza más grande que plugo á Dios realizara el hombre.

Y así, hay uno más bueno, más bello y más sabio y más religioso y más semejante al Ser supremo que los otros hombres: el Artista.

Y así, hay un realizador de la belleza, del bien y de la verdad más grande y más hermoso y más cerca de Dios que los otros artistas: el Poeta.

III

¡El Poeta! Creador poderoso, sí, de la belleza más deslumbradora y suprasensible que el mortal puede concebir y realizar dentro de su finita condición humana; espejo fidelísimo que todo lo refleja, luz que todo lo ilumina con radiosas y celestiales fulguraciones; pintor de todos los cuadros; escultor de todas las formas; músico, que combinando todos los sonidos, los armoniza y reproduce con amorosa delectación; escudriñador de la conciencia, propagador de todas las ideas, creyente fervoroso de todos los cultos, apóstol de todas las gentes, redentor de todos los cautivos, agitador de todos los pueblos, latido y verbo de la vida entera.

Libre para realizar la belleza, como es libre el elemento de que se vale para conseguirlo, la palabra, no ha de esclavizar el poeta los mundos que al poder creador surgieron de su mente, ni aun siquiera al Bien ni á la Verdad como consecución del fin estético; únicamente realizar el mayor grado de belleza ha de proponerse, sin mirar á otro lado que á la resplandeciente faz que á Dios en la Natura y en el Espíritu le plugo presentarle; y Dios hará imposible que deje de realizar los fines de la Moral y de la Ciencia, y que reniegue de las leyes que el poder infinito impuso á su creación inmensa y perdurable.

Libérrimo también es el poeta para informar las suyas, ya arrancando á las cuerdas de su lira notas cadenciosas y rítmicas con la armonía sublime de los versos, ya dejando á los latidos de la palabra el ritmo natural y espontáneo de sus acentos.

Pero ¿qué sendas conducen á tan sublime artista para llegar á la realización de la belleza poética?

IV

Tal vez podrá el Poeta marcar sus obras, no sólo con el sello personal de su inspiración, sino con el del influjo soberano del progreso, siendo hijo de su época, de su nación y de su raza; interesar á sus contemporáneos, ser aprendido de memoria por ellos; y convertido en sacerdote de sus ideas, de sus luchas, de sus dolores, de todas las manifestaciones del espíritu de su edad, que él siente y que él refleja como espejo encantador y maravilloso, marchar delante de la humanidad extraviada y loca, señalándole el camino del porvenir incierto y en tinieblas, y alumbrándolo con los resplandores del astro que se encendió en su frente; podrá, en fin, ser Profeta: ó lejos del combate, y á un lado de la senda de su siglo, verá pasar las queridas generaciones hijas de su patria, cuyas glorias históricas y viejas tradiciones, cuyos vetustos monumentos, templos sacratísimos, culto, fervor, costumbres, alto ideal y leyes venerandas narra, pinta, glorifica y custodia, para aleccionar á su pueblo, con la entusiasta fe de sus mayores; podrá, en una palabra, no ser el Vate, y ser el Trovador.

Y si en la realización de sus artísticos propósitos hizo formal y sensible la belleza sin otra consideración de fin que el de realizarla, habrá señalado su obra con otra marca más indeleble aún, que hará inmortal su póstumo renombre.

Tal es el *épico*, ya versificador, ya novelista.

El Poeta tomará entonces cuerpo, mediante encarnaciones misteriosas.

Y animando una de sus formas en un ciego sublime, cantará al pueblo helénico, y será Homero.

Dará vida á un florentino, que en medio del ensangrentado páramo de la Edad media, levantará en su obra, para asombro de las futuras gentes, así como una catedral inmensa, cantando la religión del crucificado, y será Dante.

Tomará en la tierra más fecunda la forma del español más ingenioso de todos los siglos, que retratando el suyo á maravilla, maravilla será de las generaciones, al esculturar, eternizándolos, los dos aspectos de la vida humana en dos figuras de abrumadora y admirable belleza, y será Cervantes.

Inspirará su numen á un gran genio, con la más popular de las leyendas alemanas, la más trascendental manifestación filosófica, y será Goëthe.

V

Podrá también la augusta poesía, en lugar de seguir la corriente civilizadora, tomar por única morada el corazón de un hombre; y ajena á todo lo exterior y objetivo, camplacerse en cantar sus pesares y sus alegrías, sentir el torcedor de la duda y rebelarse contra su destino con acentos desesperados, para que en sus dolores y en sus placeres, en sus carcajadas y en sus lágrimas, halle la humanidad la fiel reproducción de las palpitaciones de su alma.

Tal es el *lírico*.

Entonces el Poeta lanzará los ayes más profundos y los acentos más terribles; y á los impulsos de la virtud más grande, de la sublime resignación, de la paciencia, por él hablará un hombre, y oiréis á Job.

Inflamará los ánimos para el combate, llamándose Tirteo.

Se retorcerá de dolor, morirá de angustia, y esclavo de mil raptos de desesperación, vendrá á la tierra para llamarse Leopardi.

Lanzará desde las nubes tempestuosas de su cerebro relámpagos que cieguen y que alumbren, y al pie de la *Leyenda de los siglos* firmará Víctor Hugo.

VI

Mas la sagrada inspiración poética, sin retratar directamente el espíritu de una época, sin recogerse tampoco en la morada de un corazón, abandonándose á llorar sus desdichas y aun las de su edad y de su pueblo, podrá protestar enérgica y valerosamente de la sociedad á que el elegido de las Musas pertenezca, fustigando aquí una institución, flagelando allá una costumbre, contundiendo en este lado á un vicio, lanzando una carcajada ó una queja y amenazando á su siglo degenerado con acentos apocalípticos.

De aquí la *sátira*, á veces subjetiva, á veces épica.

En tal momento, infundirá el Poeta su genio profético á un vaticinador, que adivinando por los extravíos del pueblo israelita la abyección predictora de su cautividad, derrama poesía á torrentes por aquella boca que come excrementos en la plaza pública, y será Ezequiel.

Restallará su látigo sobre la Roma de los emperadores, que uncida al carro de los triunfos, le dirige á la gloria, sudando sangre el azotado rostro y las flageladas espaldas, y llámase el poeta Juvenal.

Dibújase en sus labios sonrisa de amargura; y mientras los degenerados españoles de Felipe IV se divierten á maravilla con las gracias de aquella vena inagotable, aún sintiendo el escozor profundo de sus aguijones, encarnando otra vez, brota en Quevedo.

Y lanzando, por fin, la carcajada de sarcasmo más insultante que escandalizó á la humanidad, será engendrado Voltaire.

VII

La poesía, finalmente, sin dejar de reflejar la luz que arrojan los ojos de su siglo, los sentimientos, las aspiraciones y el ideal entero de su raza ó de su época, sin que deje su numen de ser individual y psicológico, podrá reproducir el mundo objetivo, arrojando el retrato bello y fidelísimo de la pasión humana, de todo lo que en el espíritu del hombre siempre fué de todas las edades, ó el de las costumbres de aquella en que el poeta vive y de la región en que habita, para que de estas escenas palpitantes de la vida resulten grandes enseñanzas, siempre deducción fatal y lógica de la emoción estética que ha de despertar en el público que le rodea y que le aclama.

Tal es el poeta *dramático*.

¿Queréis ver en él la lucha del hombre con la fatalidad representada por sus dioses? El poeta tomará la forma de Sófocles ó de Esquilo.

¿Pretendéis que satirice las costumbres, representándolas? Pues tomará la forma de Aristófanes.

¿Queréis verle combatiendo con sus semejantes y con sus propios sentimientos, por la libertad augusta de su albedrío, siendo retrato fiel del espíritu de su patria? Pues las nuevas manifestaciones humanas del artista de la palabra serán Lope de Vega y Calderón.

¿Queréisle ver en guerra con la monstruosa bestia de las pasiones, y asemejándose al hombre creado por el mismo Dios? Escudriñad una conciencia, y de entre sus sombras y á la mágica evocación del Poeta acudirá Shakespeare.

VIII

Pero hay un poeta más grande que Homero, más inspirado que Dante, más lleno de amarguras que Leopardi, más intencionado que Voltaire, más hermoso que Calderón, más fecundo que Lope, más arrebatador y genial que Víctor Hugo, con mayor profundidad que Cervantes, y más sublime, divino y creador que Shakespeare; poeta que, en suprema síntesis, canta y recuerda como el épico y legendario, llora y se conmueve y desespera como el lírico, flagela y punza, hiere y contunde y *carcajea* como el satírico, y que hace palpitar como el dramático á todas las escenas de la vida.

Tal es el Gran Poeta; el poeta de todas las edades y de todos los tiempos y de todas las pasiones y de todas las almas. Da á sus ideas infinitas formas, las que le depara su condición más admirable, la espontaneidad; trascendentales son sus pensamientos; alto es lo que concibe y hondo lo que siente y clarísimo lo que habla, sin artificio alguno, llevado como es siempre en alas de la más genial de las inspiraciones; inmensa su potencia creadora, no hay carácter ni latido de pasión, ni existen idea ni queja ni lágrima ni carcajada que él no sepa reproducir poética y asombrosamente. No aprendió en las aulas el idioma de que se sirve como de mágica paleta para pintar sus cuadros luminosos con el pincel de sus improvisaciones; despreciador ignorante de sus propios méritos, no las escribe para salvarlas del tiempo y de la distancia; sustituye el diccionario con su propio léxico; en vez de la ciencia, cuenta con la adivinación; á falta de la historia, con la leyenda; y en lugar de las cuerdas de una cítara, tiene las fibras de su corazón inspirador y palpitante.

Allá, en medio del atronador estrépito de los combates, entre el sordo estruendo de la civilización, el estallido de las revoluciones, la trepidación y el agitado movimiento de los talleres, la ternura de los afectos, el solaz de las fiestas, y en medio de sus penas, de sus alegrías, de sus fervores religiosos y aun



Exposición de plantas y flores que se celebra actualmente en los jardines del Parque de Barcelona, bajo los auspicios de la Sociedad Catalana de Horticultura

Dibujo y composición de D. Nicanor Vázquez

de sus crímenes, escúchase su voz, que al repiqueteado compás de las castañuelas, al son de la dulzaina, al golpe y *sonajeo* de la pandereta y á los clásicos acordes de la guitarra, canta, entre ruido tanto, á Dios, al hombre y á la vida entera.

No esclavicéis al gran artista, porque se apagará la voz en su garganta, y ¡ay de la humanidad, que no tendrá quien la enseñe, la llore y la divierta, la guíe y la consuele!; porque entonces enmudecerán los otros poetas, todos inspirados y animados por él, á quien arrebatan sus espléndidas concepciones.

Escuchad sus quejas profundas, sus acentos proféticos. Oíd su voz, en fin, que como está más cerca de Dios, es la del cielo.

¿No adivináis quién es el gran poeta?

Es el pueblo; lo habéis adivinado.

Enrique Fúnes

LA LETRA DE CAMBIO

I

Iba á partir el tren.

En el andén de la estación sólo quedaban: el jefe de ella, dispuesto á dar la señal; un factor que hacía veces de edecán; tres ó cuatro mozos que iban cerrando con estrépito las portezuelas, y diez ó doce personas que ya en pequeños grupos, ya aisladas, daban los últimos adioses á los viajeros á quien habían ido á despedir.

Era una de dichas personas un hombre alto, fornido, un poco obeso, de cabeza redonda, cara achatada, ojos pequeños, color tostado y afeitado cutis. A la legua se habría adivinado en él al lugareño acomodado, aunque el traje no hubiese revelado, como bien claramente revelaba, su condición de tal.

Con los ojos algo húmedos y la voz mal segura estaba hablando con un mozalbete que, asomado á la ventanilla con cara risueña y satisfecha, recibía distraído las paternales amonestaciones.

– Sobre todo, mucho ojo: mira que en Madrid hay mucho pillo, y en cuanto ven á un forastero con el bolsillo repleto, todos son á perseguirle y estafarle.

– Descuide usted, padre, que yo no me mamo el dedo y sé dónde me aprieta el zapato; y gracias á Dios, tengo buenos puños, por si fuesen menester: de modo que ni á buenas ni á malas nadie me la ha de pegar.

– Y lo que te he dicho respecto á mujeres; mira que son unas sirenas que...

Sonó el pito del jefe, luego la tres campanadas, por fin el silbato de la locomotora; y á los fogosos resoplidos de la máquina echó á andar el tren

Con un trajín de fiera encadenada.

Los que se iban y los que se quedaban prorrumpieron en un coro general de despedida, y mientras los primeros se apresuraban á ordenar en redes y asientos sus líos y maletas, los segundos permanecían como clavados al suelo, viendo alejarse rápidamente al tren que se llevaba algunos seres queridos, quizás algunos dolores y no pocas esperanzas.

Teodomiro iba por primera vez á la corte; había terminado su carrera de abogado en la universidad de Zaragoza, y como remate y coronamiento de sus estudios áulicos, habían considerado conveniente él y su padre que fuese á visitar la capital de España para adquirir un barniz cortesano, y conocer, aunque sólo fuese de vista, á los hombres más eminentes de la política, de las ciencias y de las artes.

El muchacho, sin ser un talento, había salido bastante listo para ir ganando cursos sin estudiar, pudiendo así dedicar todo su tiempo á las diversiones y entretenimientos que da de sí una población como Zaragoza. Concurría con más asiduidad al casino que á la cátedra; no faltaba á ningún baile de máscaras, cuando los daba el tiempo; frecuentaba el teatro, cuando lo había, y era el alma de cuatro ó cinco tertulias de confianza á que concurría *lo mejorcito de la ciudad.*

Todo esto lo supieron á la hora escasa de viaje los compañeros de departamento de Teodomiro, así como que era hijo único y que sus padres vivían en un pueblo de la montaña, en donde eran los primeros contribuyentes por territorial y pecuaria. Aunque él, por naturaleza expansivo, hablaba á todos en general, su oyente más inmediato y directo, su interlocutor más sostenido, digámoslo así, era el que ocupaba el asiento frente al suyo en uno de los testeros del coche. Era el tal un joven como de treinta años, de modales sueltos, aire despejado, presencia simpática y palabra chispeante. Llamábase Esquílez, y él y Teodomiro eran íntimos amigos cuando llegaron á Madrid.

Semejante encuentro hizo creer á este último que entraba con buen pie en la coronada villa, pues Esquílez era madrileño por todos los cuatro costados y tenía muchas y muy buenas relaciones *en su pueblo* y estaba dispuesto á servir de *cicerone* al provinciano.

Juntos recogieron sus equipajes, juntos tomaron un simón, y después de dejar á Esquílez en la calle del Tutor, hízose llevar nuestro aragonés á la de Jardines, donde estaba la casa de huéspedes que su padre le había designado por recomendación del médico del lugar, que contaba maravillas de la amabilidad de las patronas.

Teodomiro no consintió de ningún modo que Esquílez pagase al cochero, y cuando éste, después de haber descargado el equipaje de aquél, preguntó al forastero adónde había que ir, Teodomiro, recordando fielmente las señas que le había dado su padre, contestó sin titubear:

– Calle de Jardines, 10, 3.° derecha.

– Señoritu, aquí los coches non suben á las habitaciones.

Y soltando una insolente carcajada, arreó á su jaco.

Rojo de vergüenza, escondióse cuanto pudo Teodomiro en el fondo del desvencijado carruaje, que iba atronando el espacio con su pesado rodar; pero bien pronto la curiosidad le asomó á la ventanilla para contemplar la casi interminable serie de edificios, grandiosos los más, que se ofrecían á su admirada vista.

Llegaron á la calle de Jardines y el coche se detuvo ante una casa de mediano aspecto. Como el joven no conocía el sitio y habían hecho, desde la calle del Tutor, seis ó siete paradas por diversas causas, no se movió demasiado, hasta que el cochero, golpeando en el vidrio, le gritó:

– ¡Que ya hemus llegado!

Al oirlo, Teodomiro saltó como por un resorte movido, y con extremado aturdimiento se precipitó fuera del carruaje y se metió en el portal, llevando en una mano la sombrerera y la manta, y la maleta en la otra.

– ¡Eh, señoritu!, ¿qué non me paga?

– ¡Ah! Sí; tome usted.

– ¿Qué me da usted aquí?

– Una peseta: ¿no es eso?

– ¡Ah! No, señor, no es esu; son dos carreras, é los bultos además; y ya ve usted, de la estación del Mediodía á la calle del Tutor, é de la calle del Tutor acá...

– Bueno, bueno, exclamó Teodomiro que veía detenerse algunos curiosos á presenciar la escena. Tome usted y cóbrese.

Y le alargó un duro.

El cochero lo miró y remiró con mucha flema, luego lo sonó; luego se lo metió en el bolsillo, y luego, diciendo «Está bien,» dió un latigazo al jaco y partió á todo corer. Quedóse el forastero con tanta boca abierta, y la gente que le rodeaba regocijada, epigramática y burlona comentando el chasco. Lleno de confusión, recogió sus bártulos y metióse portal adentro, y luego escalera arriba hasta llegar al piso tercero, en donde, según las señas, vivía Doña Robustiana, la patrona que le fué tan recomendada.

Diéronle un gabinete con vistas á la calle; y aunque la cama no era muy blanda, ni era la casa muy limpia, ni la comida muy abundante, Teodomiro no pensó en mudar de alojamiento, porque desde los primeros instantes pudo observar que la hija de la patrona era tan amable, tan sumamente amable y complaciente, que nada dejaba que desear.

II

Esquílez demostró que efectivamente conocía bien Madrid. El acompañó á Teodomiro á todos los museos, á todos los teatros, á todos los paseos; llevólo al Congreso, al Senado, á la Universidad, á la Bolsa, al Hipódromo, á la Plaza de toros, á los Viveros, á las Ventas; en una palabra, á todas partes.

Excusado es decir que en todas ellas hacía el gasto el forastero, y que él pagaba el coche, él las localidades, él los cafés, él las cenas en Fornos ó en el Inglés. La intimidad entre los jóvenes llegó á ser tan grande, que Esquílez no tuvo reparo en aceptar de Teodomiro el favor de que recogiese ciertas cuentas de ropa y calzado que le daban, según su expresión, mucha jaqueca.

Casi todas las noches iban á Viena, y algunas no volvían á casa hasta la mañana siguiente. A los quince días de estancia en la Corte, Teodomiro no conocía ni de vista á ninguna de las notabilidades de la política, las ciencias y las artes, pero conocía perfectamente y de trato á todas las horizontales de moda.

Mas como no hay salto sin quebranto, vínole á resultar que la bolsa que salió bien repleta de la casa paterna, había ido enflaqueciendo de manera que daba lástima. El muchacho sintió vértigos cuando una mañana antes de salir de casa y al pretender reponer su bolsillo para la fatiga del día, se encontró con que sólo le quedaban quince duros.

Y precisamente le acababa de pedir doce á cuenta la patrona, y para aquella noche tenían concertada una cena en el café de Madrid él y Esquílez con dos muchachas *decentes* á las cuales no era posible dejar burladas. Por primera vez, desde su llegada á la corte, se sintió el joven triste y sobrecogido.

¿Qué hacer?

– ¡Si Esquílez ya que no tenga dinero conociese á alguien que me lo quisiera dar!...

¡Oh fortuna! Esquílez sabía de un señor que hacía favores de esta clase, pero sólo á empleados, clases pasivas y militares sin retención ó á personas de garantía. Aunque Teodomiro tuviese esta última cualidad, de nada le servía, puesto que no era conocido en la *plaza*; pero gracias á la intervención de Esquílez, el caballero prestamista daría, por excepción, el dinero sobre algunas alhajas de valor.

Aceptó gozoso el provinciano y dió en prenda su magnífico remontoir de oro, una sortija con un solitario y un alfiler de corbata de oro y brillantes. Además firmó un pagaré de mil quinientas pesetas, y en cambio recibió... ¡cien duros!

Las damiselas del café de Madrid no tuvieron, pues, motivo para quejarse ni de la formalidad ni de la galantería de los dos jóvenes, ni ellos tampoco de la jovial amabilidad y carácter franco y abierto de las niñas.

Cuando á las diez de la mañana siguiente volvía á su casa solo, fatigado y soñoliento el buen Teodomiro, la misma nube de tristeza que la víspera había sombreado por un momento su irreflexiva felicidad, volvió á obscurecer más densamente su espíritu, y un peso así como de remordimiento le oprimió el corazón por unos instantes. Entró en su casa, se acostó y durmió desasosegadamente algunas horas.

Cuando le llamaron á almorzar no quiso salir; no tenía gana. Siguió echado, pero sin poder coger otra vez el sueño. Su mente excitada púsose á considerar su situación, é insensiblemente aquellas reflexiones pararon en un formal examen de conciencia.

– ¡Qué disparate había hecho el día antes! ¡Comprometerse á pagar seis mil reales no habiendo recibido más que dos mil! ¡Garantizar esta atrocidad con prendas que valían muy cerca de quinientos duros! Y ¿quién le había metido en aquel lío? Su amigo Esquílez. ¡Su amigo! ¿Lo era acaso?

Teodomiro empezaba á dudarlo. La mitad, quizá más, del dinero gastado, habíalo consumido Esquílez. El se hacía siempre la parte del león en todos los goces y placeres de que ambos disfrutaban, pero que sólo pagaba el aragonés.

Teodomiro había traído el propósito de permanecer un mes en la corte; pero ¿cómo continuar en ella, si sólo en una quincena había derrochado las doce onzas que su padre le dió y las otras tres que á escondidas le diera su madre, y por añadidura se había empeñado en trescientos duros, y de los dos mil reales que había recibido prestados ya había gastado más de la mitad?

Tentaciones le daban de tomar el tren y volverse á su casa; pero ¿cómo presentarse á sus padres tan de improviso y tan en derrota? No; él no se sentía con valor para confesar sus faltas: le parecían muy graves.

– ¡Si hubiese algún medio!...

Y le hubo: ¡claro que le hubo! Como que los cuarenta y siete duros que le restaban á Teodomiro se quedaron sobre el tapete verde de cierta casa de juego donde tenía muchos amigos Esquílez!

– La suerte nos ha sido contraria, dijo éste al salir de aquel garito.

– Y ahora, ¿qué hacemos?

– ¿Qué quieres que te diga?

– Tú que tienes recursos para todo...

– ¡Pues si yo tuviera *recursos!*... Pero hace tiempo que me quedé sin ellos.

– ¿No encontraríamos quien nos dejase?...

– ¿Te queda algo que empeñar?

– No.

– Entonces... ¡filosofemos!

No hubo remedio; Teodomiro tuvo que escribir á su casa, pero no atreviéndose á arrastrar las iras de su padre, dirigió la carta á su madre. No le dijo ni la cuarta parte de la verdad, pero sí lo bastante para dejarle adivinar lo omitido y lo tergiversado. La buena mujer cometió la *indiscreción* de entregarle la carta á su marido, y éste tuvo la *debilidad* de dejarse convencer, y darle á su mujer para que, *sin saberlo él*, se la enviase al *chico* una letra de dos mil pesetas contra el Banco de España.

Jacobo Sales

(Concluirá)



LIMA. - LA CATEDRAL, de fotografía remitida por D. Salvador Teix

SECCIÓN AMERICANA

LIMA

La ciudad que con el nombre de *Ciudad de los Reyes* fundara Francisco Pizarro en 1535 para hacer de ella la capital del virreinato del Perú, es actualmente una de las poblaciones más bellas de la América meridional. Hállase situada en la orilla del Rímac, río que la atraviesa diez kilómetros antes de desembocar en el Pacífico y sobre el cual álzanse tres puentes, el Balta, el de Piedra y el de Arana, que ponen en comunicación las dos mitades en que Lima se halla dividida por aquella corriente.



D. JOSÉ PAYÁN, gerente del Banco del Callao en Lima

La antigua ciudad, que estaba cercada por una muralla de adobes construída en 1683, ocupaba una superficie de 932 hectáreas, de las cuales 565 eran destinadas á jardines, plazas, conventos é iglesias; pero derruídos los muros en 1870, hiciéronse en su lugar hermosos paseos y la parte edificada se extendió considerablemente, formando en conjunto la población un triángulo de más de 1.200 hectáreas.

El clima de Lima es benigno por lo que hace á la temperatura, puesto que en invierno (junio á noviembre) no baja nunca de 12 grados centígrados ni sube á más de 28 en verano (diciembre á mayo); pero en cambio la humedad y sobre todo las nieblas de tal modo perturban el estado atmosférico, que á pesar de la bondad de temperatura, la capital peruana no es de las poblaciones más sanas de la América del Sur.

Las calles de Lima se cortan casi todas en ángulo recto y están orientadas en dirección de SE. á NO. y de SO. á NE. á fin de que en verano haya siempre un lado á la sombra; las casas, construídas en su mayoría de adobes, generalmente son de dos pisos y tienen alegres miradores. Las plazas principales son la Mayor y la de Bolívar ó la de la Independencia, antes de la Inquisición, en las que se alzan respectivamente la catedral y la estatua ecuestre del libertador del Perú. Entre los mejores paseos pueden citarse la Alameda de Acho, que se extiende á lo largo de la orilla del Rimac y conduce á la plaza de toros; el paseo de la Exposición y el de los Descalzos, cuyas encantadoras avenidas están profusamente adornadas de estatuas, y una hermosa Alameda que une la ciudad con su puerto en el Pacífico y á cuya entrada se levanta el monumento del Dos de Mayo, en conmemoración del combate del Callao contra la escuadra española.

De los varios monumentos que en la ciudad existen pueden considerarse como los más notables el que en el paseo de la Exposición recuerda el descubrimiento de América y el dedicado á Simón Bolívar. El primero es un grupo de mármol con la figura de Colón posando su mano derecha sobre la cabeza de una joven india que permanece arrodillada á sus pies. La erección del segundo fué acordada por decreto legislativo del Congreso Constituyente del Perú en 17 de febrero de 1825, pero el proyecto quedó en suspenso hasta 1853 en que el general Rufino comisionó al Dr. D. Bartolomé Herrera, ministro plenipotenciario cerca de la corte romana, para que convocase un concurso de artistas y obtuviese por este medio el mejor plano y modelo de la obra, venciendo en este certamen á sus competidores el célebre escultor Adán Adolini. El pedestal del monumento, que es de mármol blanco, mide en su base 2'60 por 5'20 metros y su altura es de 3'47: la estatua, que fué fundida en Munich, lo mismo que los relieves, tiene 3'47 metros de alto, desde el pie del caballo á la cabeza del jinete; representa á Bolívar sobre un caballo encabritado que se sostiene sobre las patas traseras y la cola: Bolívar saluda al pueblo con el tricornio en la mano, y por entre la capa que cubre su cuerpo asoma el uniforme militar. Los relieves del pedestal representan la batalla de Ayacucho y la de Junín y en los otros dos lados de aquél hay el escudo nacional y una inscripción que dice: *A Simón Bolívar libertador. La nación peruana.* MDCCCLVIII.

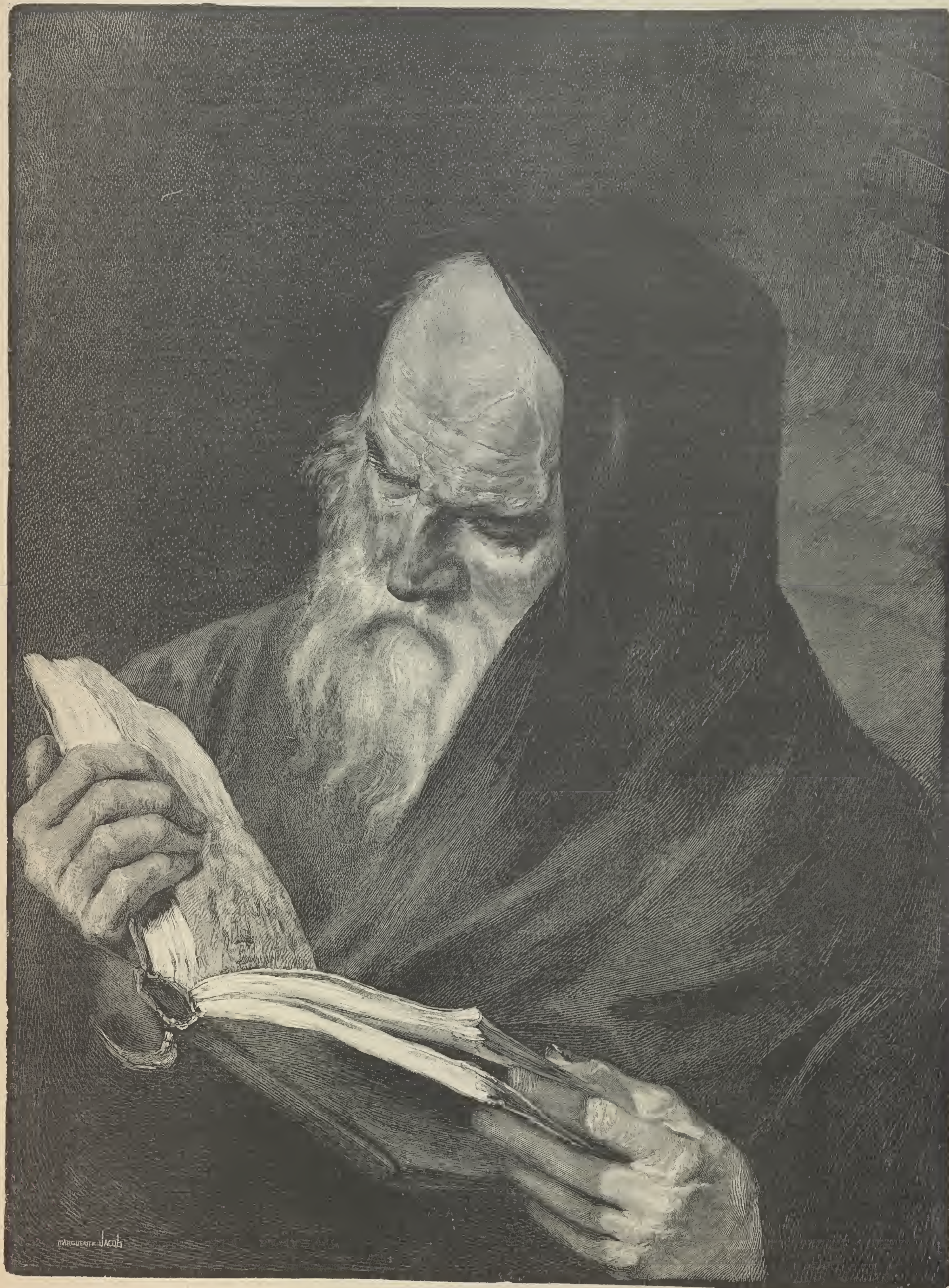
Posee Lima unos ochenta templos y capillas próximamente, cuyas torres y cúpulas dan á la ciudad un carácter oriental porque recuerdan los altos alminares de las poblaciones moriscas. Entre ellos destacan la Merced, fundada en 1534 por Hernando Pizarro, con una hermosa fachada de estilo del Renacimiento; San Francisco, templo contemporáneo de la ciudad, en el que se halla el célebre claustro de los Jazmines con sus elegantes columnas adornadas con *faïences* azules y con notables frescos; San Pedro, antigua iglesia de los jesuítas, orgullo de ebanistas y arquitectos; Santo Domingo, tumba de Santa Rosa y cuya antigua torre, destruída por un incendio, era la más elevada de la ciudad, y por último la catedral que reproduce nuestro grabado. Fué fundada ésta por Francisco Pizarro, que halló en ella tranquila y honrosa sepultura cuando en 1541 sucumbió á los golpes de las gentes mandadas por Almagro. Los historiadores no están conformes acerca del sitio en que fué enterrado el conquistador del Perú, pues mientras Prescott dice que lo sepultaron en el lugar más obscuro del templo; Palma, el eximio literato y erudito explorador de crónicas, asegura que su tumba se abrió en un patio del mismo, llamado de los Naranjos. En la arquitectura de la catedral predomina el arte árabe-español, degenerado por los engendros de Ribera y Churriguera, como lo atestiguan los frontisficios de piedra, los calados, los arabescos, los ángeles, los demonios, las frutas y las flores que en revuelta confusión constituyen sus adornos. Posee la catedral hermosos cuadros, entre ellos una preciosa *Verónica* de Murillo.

En el ramo de Beneficencia merecen citarse varios hospitales, entre ellos el de Santa Ana, el del Dos de Mayo, el de San Bartolomé ó militar, el francés y los italianos (viejo y nuevo), y hasta trece hospicios.

Para terminar estos breves apuntes diremos algo de la situación mercantil de la capital del Perú. La plaza comercial de Lima, que había sido la más fuerte de la América del Sur y el emporio del lujo y de la elegancia, sufrió una transacción brusca desde 1873 y su postración mercantil llegó á su máximo después de la guerra de Chile. Hoy, sin embargo, hállase en gran parte repuesta de sus pasados desastres, y buena prueba de ello es el Banco del Callao cuya prosperidad sorprende tanto más, teniendo en cuenta el esta-



EN ORACIÓN, cuadro de Carlos Ulrich



UN VIEJO MONJE, cuadro de Velázquez, grabado por Margarita Jacob

(Existente en el Hermitage de San Petersburgo)

do en que se encuentran hoy en día las repúblicas sudamericanas.

Recordando las desgracias por que ha pasado no hace mucho el Perú y entre ellas la gran crisis bancaria de 1876 á 1880 que trajo consigo la liquidación de todas las instituciones nacionales de crédito, no se comprende sino por un gran esfuerzo de inteligencia y de perseverancia que una de ellas, la menos poderosa en su origen, el Banco del Callao, haya resucitado con tanto vigor hasta colocarse en el más alto nivel financiero. Débese en gran parte, si no del todo, este éxito al gerente de ese Banco, D. José Payán, cuyo retrato publicamos. Nació dicho señor en la isla de Cuba, y tras varias vicisitudes políticas abandonó su patria para establecerse, después de recorrer muchos puntos de América, en la capital del Perú, en donde al poco tiempo fué llamado al elevado puesto que hoy ocupa y desde el cual no sólo ha dado elocuentes pruebas de su ilustración y talento mercantil, sino que ha prestado importantes servicios al país que lo hospeda, contribuyendo á solucionar favorablemente sus más difíciles cuestiones, y entre otras la vuelta á los cambios metálicos y al renacimiento del crédito hipotecario, salvando la propiedad inmueble de las garras de la usura. – A.

BOCETOS

LAS OLAS

– ¿Hacia dónde vas, amiga y compañera?

– ¡Lo ignoro! Te sigo por el movimiento que marcas tú que me precedes; otra sigue el mío, y sucesivamente otras y otras, como si procurásemos alcanzarnos, sin poder acortar la breve distancia que nos separa: ¿puedes tú decírmelo?

– ¡Yo también lo ignoro! La que me traza el rumbo no ha podido decirme más sino que sigue á otra y otras.

– Veo que todas, como movidas por la misma curiosidad, procuramos encresparnos para tender la vista y ver si se descubre algo como término de nuestro viaje.

– Nada: ahora mismo, como habrás podido verlo, acabo de romperme transformada en espuma, y mi esfuerzo ha dado en el vacío: ¡un cielo azul, sin fin, sobre nosotras! ¡Una profundidad debajo, tan inmensa como tranquila!

– Ya lo veo, apenas puede fijarse la línea que nos une y separa de la masa de ese líquido abismo: no percibo dónde empiezo, dónde se forma mi ser.

– No sé ni comprendo á qué obedece ese extraño movimiento; siempre siendo la misma y siempre notando que no lo es el agua en que me agito.

– Mira; húndete cuanto puedas, y así yo podré hacer un esfuerzo para levantarme lo más posible y quizá descubrir el término hacia el que se nos impulsa.

Y por un movimiento, que si no carece de nombre no sé ahora dar con él, aquella ola hizo como que se replegase formando una profunda hondonada; y su compañera levantóse sobre todas las demás, coronándose de blanquísima espuma, brillante como una colosal pepita de plata.

– ¿Qué has visto?

– ¡Nada! ¡Un horizonte de agua y cielo!

– ¡No deja de ser extraño que así nos agitemos, sin saber por qué ni para qué! No puedo darme razón del impulso que nos mueve contra nuestra voluntad. Allá lejos, muy lejos, estábamos todas confundidas en compacta masa; formaba nuestra superficie tranquila á modo de bruñida plancha ó límpido cristal, un espejo de cuya magnitud no puede tener idea quien no haya tendido su mirada sobre el mar; de repente una brisa suavísima, rafagueando juguetona, nos acariciaba como temerosa de agitarnos; la brisa tomó fuerza, fué viento al poco tiempo, huracán luego. ¡No sé lo que pasó! De la tranquilidad al movimiento, de éste á la agitación, al vértigo, ¡quién sabe adónde vamos!

– Detente...

– No puedo; la que va delante me atrae, me obliga á seguirla; tú que me sigues me empujas.

– Comprendo... Mientras todas á la vez no hagamos un supremo esfuerzo en detenernos, será inútil.

– Entonces sigamos; dejémonos llevar.

– ¿Dejémonos llevar... has dicho?

– Sí, eso dije.

– ¡Qué recuerdo! Ayer cruzaba á lo largo sobre nosotras destrozándonos desapiadamente una de esas grandes moles de hierro, parecidas á un monstruo de aliento negro y fétido, revolviendo con espantosa rapidez las palas que le impulsan; al pasar sobre mí, pude entender unas voces extrañas; una decía: «Dejarse llevar... como las olas.» «No,... replicaba otra, que al fin dan en la costa.» ¿Sabes qué cosa es esa?

– No: frases sin trascendencia, cualquier cosa; tal vez la tranquilidad perdida, y volver á nuestra calma después de habernos agitado sin objeto y sin resultado.

– ¿Reparaste aquello que aparece en el horizonte?

– Se me figuran unas nubes.

– Pero su forma es diferente.

– Tienes razón: pero ¡toman formas tan extrañas! Ya verás; al acercarnos pasarán á mucha altura sobre nosotras.

– Por momentos se descubren mejor definidas; su línea es muy marcada, su color es distinto; yo no sé lo que es aquello... pero nubes no son.

– ¡No seas miedosa! ¿Qué ha de ser? ¿Comprendes tú otra cosa que no sea agua, cielo y nubes?

– Sólo sé lo que el instinto me dice: que eso es ¡un peligro!

– Anda, corre, sígueme; ya veremos lo que es; dejémonos llevar.

– Esa frase me acobarda: recuerdo las voces que salían de aquel monstruo: no son nubes: ¿oyes ese rumor?

– ¡Parecen lamentos!

– ¡Se me figura oir quejidos!

– Las que nos preceden se encrespan más.

– Te digo que allí sucede algo desastroso. ¿Oyes? ¡Gritan que retrocedamos!

– ¡Imposible! Me siento impulsada por una fuerza mayor como si desde el fondo me levantaran... ¡Imposible permanecer tranquila! ¡Ni nos oyen ni nos escuchan las que nos atraen y arrastran ni las que nos empujan!

– ¡¡La costa!!...

Y sin poder retroceder, ni traspasar el marcado límite, en desesperado intento una tras otra asaltan los quebrados peñascos, desapareciendo en el instante mismo de su agonizante rugido, como envueltas en un sudario de efímera espuma.

JUAN O. NEILLE

NUESTROS GRABADOS

¡Fué un artista!, cuadro de D. José García Ramos (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Natural de Sevilla y discípulo de D. José Jiménez Aranda, es García Ramos digno representante de la moderna escuela sevillana, y por ende, inteligente mantenedor de sus tradiciones artísticas. En 1872 trasladóse á Roma, en la creencia de que en la ciudad de los césares y de los papas hallaría campo abierto para su fantasía; mas las ruinas clásicas y los restos de aquellas pasadas grandezas debieron despertar en el artista andaluz el deseo de recibir las inspiraciones de su país natal, en donde por la pureza de su cielo todo brilla y sonríe y la naturaleza osténtase bella y lozana, cuando al poco tiempo, y después de haber pintado, entre otros lienzos, el ya conocido y celebrado *El rosario de la aurora*, trasladóse á Sevilla, en donde fijó definitivamente su residencia. Allí, rodeado de los restos del arte árabe sirviéndole de complemento de sus cuadros ó dibujos, los alicatados moriscos, los esmaltados azulejos, los jaeces cordobeses, los pañolones de espuma, pinta representando escenas y tipos genuinamente andaluces, como *La despedida del contratista*, ó dibuja costumbres del país para ilustrar obras de tanto interés como la de Mas y Prat, titulada *La tierra de María Santísima*.

Cuanto al cuadro *¡Fué un artista!*, que ha remitido á la Exposición de Bellas Artes de Barcelona y que ya figuró en la de Madrid de 1890, debe considerarse como una muestra de lo que vale García Ramos, como ejecutante, ya que es un estudio altamente recomendable.

La venta del sevillano, cuadro de D. José Moreno Carbonero (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890). – En la colección de siluetas de artistas que en *El Liberal* de Madrid ha publicado el ilustrado crítico, nuestro querido colaborador señor Balsa de la Vega, y en la dedicada á Moreno Carbonero dice: «Cuando admiro á los viandantes que se paran en la venta á refrescar el garguero y á darles á las cansadas caballerías un holgar momentáneo, mientras desarrapados chiquillos juegan entre las patas de los nobles cuadrúpedos, entonces reconozco de buen grado que aún podemos contar en España con pintores dignos de llamarse herederos de los Velázquez, Goyas y Rosales.»

No cabe hacer más acertada descripción del cuadro ni mejor elogio de su autor, por lo que suprimiremos toda explicación y consideración por nuestra parte, y nos limitaremos á consignar que esta obra, del autor del *Carro de las Cortes de la muerte*, del *Príncipe de Viana* (que fué adquirido por el Estado y actualmente figura en nuestro Museo), de *Roger de Flor*, de *La conversión del duque de Gandía*, de *Con la música á otra parte* y de tantos otros, es propiedad del Excmo. Sr. Duque de Fernán-Núñez, que lo adquirió cuando se expuso en el último certamen nacional de Bellas Artes de Madrid.

Los huérfanos, cuadro de D. Fernando Cabrera Cantó (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Fernando Cabrera, sin transición, sin pasar por ese período de prueba en que se aquilata el pintor, ha logrado lo que la generalidad no puede alcanzar á costa de años y de estudios. De artista novel hase convertido en laureado artista. La muerte de Plasencia, su cariñoso maestro, casi coincide con su primer triunfo, sintetizado por su cuadro *Los huérfanos*, premiado en la Exposición de Bellas Artes de 1890 y adquirido por el Estado, – que lo ha remitido á la de Barcelona, – en la que su precioso lienzo, titulado *En el coro*, ha proporcionado otro lauro al joven pintor alcoyano. Ambos lienzos, las dos composiciones, dan á conocer la naciente genialidad de Cabrera, y demuestran que no en balde recibió las lecciones del que fué, quizás, el más genial de nuestros artistas contemporáneos y maestro entre los maestros.

El cuadro *Los huérfanos* podrá adolecer de algunas incorrecciones; pero aun así, es un lienzo que acusa al artista que dentro del concepto moderno del arte y sin olvidar las tradiciones pictóricas de nuestra patria, siente y piensa, olvidándose por completo de los efectismos de los coloristas para representar una escena sentidísima, un asunto conmovedor, esencialmente realista, que impresiona é interesa.

Cabrera, que apenas cuenta veinticuatro años, ha recorrido velozmente las ásperas sendas que conducen al templo de la gloria. Nosotros hacemos fervientes votos para que no se malogren sus juveniles disposiciones, y que por lo tanto, lo que es hoy grata y halagadora esperanza, pueda trocarse en realidad.

Exposición de plantas y flores que actualmente se celebra en el Parque de Barcelona. Composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez. – Hoy, como el día que publicamos otra composición de nuestro distinguido colaborador Sr. Vázquez, á propósito de la actual Exposición general de Bellas Artes, hemos de suplicar á nuestros lectores que nos dispensen de no ocuparnos en esta sección del tema que motiva el bellísimo dibujo que reproducimos. Acudan á las crónicas de *El Salón de la Moda* y en ellas encontrarán cuanto nosotros pudiéramos decir y mucho más, y mejor dicho que nosotros podríamos hacerlo.

En oración, cuadro de Carlos Ulrich. – Hay en el arte, como en la literatura, asuntos que por mucho que se traten siempre ofrecen nuevo motivo de inspiración á los verdaderos poetas y artistas. ¡Cuántas veces hemos visto reproducida en lienzos, con más ó menos variantes, la escena que representa el cuadro de Ulrich! Y sin embargo de que el tema del dolor implorando consuelo al Dios de bondad y de misericordia no es nuevo ni mucho menos, ¿quién no se sentirá conmovido ante aquel hermoso grupo de las dos jóvenes, elevando al cielo sus plegarias para suplicar fervorosamente á la piedad divina que endulce sus sufrimientos en la tierra? Y es que cuando el artista siente y expresa con verdad, su genio imprime en su obra los más tenues matices, así del sentimiento como de la forma, que la realidad le ofrece, y con ello logra la diferenciación que hace aparecer con nuevos caracteres lo que en globo considerado parece á primera vista falto de novedad. Mas aun prescindiendo de estas consideraciones, toda manifestación artística que reproduzca de una manera acabada cualquiera de los múltiples aspectos de la belleza, será buena y cautivará á cuantos la vean, por muy gastado que sea el asunto que en ella se trate.

Tal acontece con el cuadro de Carlos Ulrich, que estuvo expuesto el año último en la *Royal Academy* de Londres. Sus dos figuras están arrancadas de la realidad, el dolor que sus rostros y sus actitudes expresan es de los que desgarran el corazón, y nadie al contemplarlas rezando abrazadas dudará de que el pintor quiso hacer algo más que pintar el acto de la oración, quiso trazar todo un drama, sintetizándolo en una situación culminante.

Un viejo monje, cuadro de Velázquez, grabado por Margarita Jacob (Existente en el Hermitage de San Petersburgo). – Cuantas más obras se contemplan de nuestros grandes maestros, esos genios colosales que como Velázquez, no sólo forman por sí solos una época y una escuela, sino que aparecen en el mundo como astros de primera magnitud, cuyo brillo, por ningún otro igualado, resplandece cada vez con más intensidad á medida que van transcurriendo siglos, tanto más apena el ánimo la consideración de que nuestro tiempo, que es el tiempo de las grandezas y de los gigantes, esté en punto á materia artística á un nivel igual al que, comparadas con la presente, estuvieron otras edades en varias manifestaciones del saber humano. Más de dos siglos han pasado desde que en el mundo del arte surgió la colosal figura del pintor sevillano, y ¿quién de entonces acá ha logrado acercarse siquiera al autor de *La rendición de Breda*, de *Los borrachos*, de *Las meninas* y de tantas otras maravillas que como joyas de inapreciable valor ostentan con orgullo los mejores museos y los más poderosos magnates?

En el Hermitage de San Petersburgo existe el original del magnífico cuadro que reproducimos y de que tan acabada idea nos da el precioso grabado de Margarita Jacob: mírese con atención la cabeza del anciano monje, estúdiese detenidamente su actitud, examínense en sus menores detalles las rugosas manos y el obscuro hábito, y dígase si se puede concebir mayor naturalidad, corrección en el dibujo, vigor en el claro-obscuro y conocimiento interno del ser humano, esta cualidad que tan pocos poseen y que tan indispensable es si no se quiere que la pintura sea reproducción de lo falso, de lo convencional, cosas ambas reñidas con el verdadero concepto del arte y que afean la inmensa mayoría de las obras pictóricas.

En la playa, cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurní. – No hace mucho tiempo, y á propósito del cuadro titulado *Una partida de campo*, dedicamos á nuestro distinguido paisano el Sr. Miralles los elogios que bien ganados tiene quien en París, en ese emporio de las bellas artes y en medio de la pléyade de los más ilustres artistas modernos, ha sabido conquistarse un puesto envidiable. Tiene el Sr. Miralles un modo especial de pintar que cautiva; sus obras rebosan gracia y elegancia, y en ellas la finura del asunto compite con la delicadeza de la ejecución. También él es adepto á la escuela realista; no hay en sus cuadros nada que no esté tomado de la vida real y con maravillosa naturalidad reproducido; pero ¡cuánta distancia de ese realismo que tiene por objeto trasladar al lienzo lo bello, á esa otra tendencia que con tal de copiar no se para en otras consideraciones más atendibles que la de imitar servilmente la naturaleza, y aun parece animada del prurito de buscar en ésta sólo lo feo, como si no hubiese en ella más que fealdad, y como si la belleza, que tan hermosas concepciones ha inspirado, fuese un mito indigno de llamar la atención de los seudoartistas!

Siga el señor Miralles la senda por donde con empeño y gloria camina: no se contente con ser únicamente pintor; continúe queriendo ser ante todo y sobre todo artista.

ESTREÑIMIENTO. Polvo laxante de Vichy

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET único Inventor 29, Bd des Italiens, Paris | JABON VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para la Higiene de la Piel y Belleza del Color

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

I

Gilberto estaba cansado de luchar consigo mismo; con la carta de Pedro recibía el último golpe, y su heroísmo comenzaba á desfallecer, precisamente en el momento en que más necesario le era para rehusar la invitación que se le hacía.

Observó un cambio en la letra de su amigo difícil de reconocer y escrita al parecer con mano temblorosa; pero fijó poco en esto su atención. Las instancias que Blanca de Cabrol unía á las de su esposo, aquellas líneas trazadas con descuido en la posdata, las primeras que le dirigía, pero tan triviales por la expresión convencional y cortés de los sentimientos, tan impersonales y frías en su correcta elegancia inglesa, penetraron en su corazón como ardiente llama, y besó el sitio donde ella debió apoyar su mano.



Al presentarse se quitó el sombrero de paja...

¿Tan poderosa es la fuerza del amor, que pueda quebrantar las resoluciones más firmes y con más paciencia mantenidas? En un momento daba al olvido tres años de calma, ocupados asiduamente en las bibliotecas, en el silencio de la Ciudad Eterna; y aquellos venerables archivos del Vaticano, aquellos documentos preciosos, que en su fervor de joven erudito no podía tocar sin estremecerse, bajo la impresión de un sentimiento religioso, perdían todo su interés y encanto ante una mísera carta escrita el día antes por la mano de una mujer. La distancia de mil leguas no había parecido suficiente barrera entre ella y él para olvidarla, para no ceder á la tentación de manifestarle su amor, quebrantando así el pacto de la amistad más santa que le ligaba con el esposo. Y ahora, la distancia enorme, la lentitud de los trenes, la inmensidad azul del mar que debía salvarse desde Liorna á Marsella... ¡cuántos obstáculos acumulados ante el deseo del que hubiera querido volar en busca de la mujer adorada!

Tocaba al fin el período de tres años que Gilberto Maujeán debía pasar en la Escuela de Roma. Pedro lo sabía, y rogábale que, al regresar á París, se detuviera en el castillo de Mareuil, donde su esposa y él tendrían el mayor gusto en recibirle. Hacía unos dos años que Pedro, á consecuencia de pérdidas pecuniarias, cuya causa sospechaba su amigo sin temor de engañarse, había abandonado su casa de París para sepultarse en la provincia, en los mismos lugares donde ambos se criaron y conocieron.

Este nombre de Mareuil despertaba en Gilberto mil sensaciones diversas. Parecíale ver otra vez el risueño valle, los cerros coronados de pinos, los sauces inclinándose sobre las orillas del Herblette, y más allá de las últimas ondulaciones de las colinas el azulado panorama de los montes Saint-Genix, destacando en el cielo sereno sus denticulados picos. Su corazón se dilataba ante este paisaje, cuyo recuerdo había evocado sin duda el papel que tenía en la mano.

Una vez adoptada su resolución, ya no pensó sino en apresurar la marcha; había contraído pocas relaciones, y pronto hizo las visitas de despedida.

No descuidó, sin embargo, ir á dar gracias al cardenal Pazzi, guardián de las riquezas vaticanas, á quien le había recomendado la anciana marquesa de la Fonfreyde, cuyo marido ejerció el mando en Roma durante la ocupación francesa. El ilustre monseñor le había cobrado cariño, y sus luces y consejos guiaron á Gilberto en todas sus sabias investigaciones.

– ¡Se va usted!, exclamó. ¿Cómo han podido cambiar sus ideas, cuando parecía dispuesto á no separarse nunca de nosotros?... *¡Per Bacco!* no desespero de volver á verle por aquí algún día.

Al pronunciar estas palabras sonrió, y con amistoso ademán puso la mano sobre la frente de Gilberto.

– Por su propio bienestar, hijo mío, y para gloria de la ciencia, procure conservar siempre esa buena cabeza fría, *questa mente fredda che non si lascia ingannare dalle donne*...

Era un cumplido que habría sido aventurado hacer al cardenal, cuyo bello perfil de medalla antigua no podía librarle lo suficiente de las emboscadas femeninas. Por viejo que fuera, interesábanle aún las cosas de amor; complacíale que le refirieran las pequeñas intrigas de los jóvenes de villa Farnesio, y la precoz sabiduría de Gilberto habíale causado alguna admiración.

– Bese usted la mano á la marquesa, dijo al despedirse, con esa gracia que en él relacionaba tan bien al eclesiástico con el gran señor, y en la cual reconocíase la influencia de esa hermosa religión romana que se amolda á todos los compromisos mundanos.

Por la noche, ya en el tren, conducido lejos de Roma, Gilberto dejó desvanecerse tras sí todas las impresiones de su permanencia en la capital del orbe católico. A medida que avanzaba, el viento, agitando la portezuela, parecía llevarle, con ráfagas del aire natal, todos los recuerdos que durante tan largo tiempo rechazara y que él creía perdidos para siempre. Ahora agolpábanse á su imaginación más vivos que nunca, con los más remotos detalles que se precisaban, tomando colorido. En las horas ociosas del viaje, en medio del aburrimiento que le ocasionaba la travesía, y hasta en aquel punto de la línea de París donde le era forzoso detenerse para ir á Mareuil, entretúvose en clasificarlos en su memoria, rehaciendo así todas las etapas recorridas desde uno á otro incidente, desde su precipitada fuga de París hasta el casamiento de Pedro de Cabrol y su primer encuentro con él.

Este encuentro databa de larga fecha, del tiempo en que Gilberto apenas contaba más de doce años: era la época en que por primera vez iba á pasar las vacaciones en Chatillón cerca de su madre, al salir del Liceo, donde ingresó á la muerte de su padre y donde diez largos meses de reclusión habían desarrollado en él una afición inmoderada á las correrías y á la ociosidad.

– Puesto que tanto te gusta correr, díjole un día su madre, yo te acompañaré. Iremos á ver á mi amiga la condesa de Cabrol, que vive cerca de aquí, según acabo de saber, por lo cual no es necesario tomar coche. Esa buena Laura... Desde su salida del convento no la he visto, y ahora le daré una sorpresa... Se llamaba Laura de Sableuse... ¡Oye tú, Gilberto, añadió, procura arreglarte un poco para hacerme quedar bien!

Ella misma le ayudó; y mientras peinada el rubio cabello del muchacho, dictóle su regla de conducta.

– Cuando te sientes, le dijo, no has de cruzar las piernas; ten los ojos levantados, pero sin descaro... Esos ojos de tu padre, que eran tan grandes y de un azul tan intenso... Ya comprenderás que no se puede ver todos los días á una condesa de Cabrol.

La señora de Maujeán tenía una debilidad que comienza á ser rara: la superstición de la nobleza. Los nombres con partícula y los títulos la imponían, y agradábale pronunciarlos. Hija de una familia de menestrales, y educada en el Sagrado Corazón de Grenoble, en sus sueños de colegiala no preveía que su futuro esposo, si se casaba, pudiera ser menos que barón; pero en el primer baile á que asistió, después de su salida del convento, dejóse robar el corazón por un joven magistrado. Llamábase Maujeán y no era barón, lo cual no impidió que se uniera con él y disfrutara durante diez años de completa felicidad, sin notar en su esposo más defecto que su poca ambición, lo cual fué causa de que solamente se elevara al cargo de presidente, cuyas funciones desempeñaba en el tribunal de Chatillón cuando le sorprendió la muerte.

La señora de Maujeán y su hijo emprendieron la marcha en la tarde de un



... y vertíanla lentamente en los hormigueros...

caluroso día de agosto. Con su quepis encasquetado y bien abotonada la levita, Gilberto seguía á su madre, que, quitasol en mano, utilizábase de la sombra de los árboles alineados á lo largo del camino. Y entretanto, para matar el tiempo, enumeraba á su hijo las personas á quienes iban á ver.

– Los Cabrol son ilustres, decía, es una familia histórica... Uno de ellos fué escudero de Luis XI cuando éste no era más que Delfín, por lo cual comprenderás que su origen es muy remoto. ¡Nobleza de espada!... Los Sableuse no valen tanto, pues son gente de sotana. Sus antecesores formaron parte del Parlamento de Grenoble, y su nombre es Cruchón... ¿Te ríes?... ¡Qué muchacho éste!... Pero has de saber que el presidente Cruchón dejó un gran recuerdo en la magistratura... Cuando fué vendida la herencia de la duquesa de Valentinois, adquirieron la tierra de Sableuse, cuyo nombre y título tomaron. Estaban en su derecho; Laura me lo ha explicado todo... Cuando volvamos á casa te enseñaré la esquela mortuoria de su esposo, que conservo aún, pues has de saber que ella también es viuda... Ya verás qué carta de apellidos nobles: duques, marqueses y hasta príncipes. ¡Los Bagrassand, los Selligny, toda la nobleza de los alrededores!... Sí, viuda con dos hijos, de los cuales el más joven debe tener tu edad.

La señora de Maujeán se interrumpía de vez en cuando para mirar á su hijo de pies á cabeza.

– ¡Pero Gilberto, átate los zapatos! Al fin me avergonzarás, pobre hijo mío...

Y después de esta dulce reprensión y de otras por el estilo, la buena señora volvió á ocuparse de la condesa de Cabrol, que solamente pasaba dos meses, el tiempo de las vacaciones, en su castillo, permaneciendo el resto del año en París. El conde había muerto al principio de la guerra franco-alemana á la cabeza de un batallón de guardias móviles de la región donde ejercía el mando; y este fin heroico devolvió algo de su lustre á la antigua familia, cuyo prestigio é importancia iban decayendo con el recuerdo de los antecesores.

– ¡He ahí el castillo!, exclamó la señora de Maujeán.

Al oir estas palabras, el corazón del muchacho latió más apresuradamente, porque en las imaginaciones jóvenes, esa palabra supone toda una fantasmagoría de torrecillas.

Pero muy pronto se desengañó: el tal castillo reducíase á una gran casa cuadrada, aunque de lujoso aspecto, que se alzaba al extremo de una avenida; los vastos espacios cubiertos de sombra, la grandiosidad de las dependencias, el buen orden, y el estado próspero de los cultivos que se extendían á lo lejos; todo indicaba una rica explotación agrícola; mas no podía representar á sus ojos una morada señorial cual había imaginado.



Pedro sacudió un ciruelo cuyos frutos cayeron en tierra como lluvia de balas...

Se les hizo esperar algún tiempo en el salón donde un criado los introdujo. Aquí, el severo orden del mobiliario, los cortinajes que llegaban hasta el techo trazando grandes curvas, el silencio profundo y la semiobscuridad de la estancia, donde se veían fulgurar átomos dorados en una faja de luz, comenzaban á impresionar vivamente á la madre y al hijo cuando se presentó la condesa.

Era una mujer de treinta y cinco años, hermosa aún, de cabello castaño, y que bajo una extremada sencillez ocultaba mucha distinción y finura.

La expansión fué bastante cordial entre las dos amigas, que volvían á verse después de quince años de separación; pero hubiera podido observarse cierta reserva en la condesa. Hablaba poco, escuchaba atentamente, miraba con una curiosidad reflexiva á la que se presentaba tan de improviso ante ella; pero no se deduzca de esto que fuese orgullosa ni tuviera ya seco el corazón. Aquello no era más que el escrúpulo y la reserva de la persona bien educada que quiere conocer á aquellos á quienes trata y prever todos los resultados de una nueva amistad. ¡Son tantos los cambios que pueden traer consigo quince años, tantas las disparidades que pueden producir entre dos amigas de colegio, cuyo matrimonio, como para todas las mujeres en suma, determina el rango social y es susceptible de desviar en sentidos opuestos la primitiva similitud de educación!

La señora de Maujeán, sin echar de ver estos imperceptibles puntos de frialdad, habíase dado á conocer desde las primeras palabras tal como era, hablando ingenuamente y entregándose á la alegría que le ocasionaba aquella amistad nuevamente anudada. El encanto de la franqueza, la candidez que se revelaba en su primer impulso y su gracia produjeron el efecto de costumbre, excitando la simpatía de la condesa, que ya no conservó mucho tiempo su aire aristocrático. Había juzgado ya á su amiga, y ésta triunfaba; la gran señora sonrió con aparente satisfacción interior.

Después tomó la palabra á su vez, y para contestar á las preguntas que se le dirigían, entró en algunos detalles sobre sus niños, fijando á la vez en Gilberto esa mirada de madre, perspicaz y envidiosa, que al punto busca puntos de comparación con sus hijos en los hijos de los otros.

– No verás á Juan, dijo la condesa, pues se ha quedado en París. ¡Oh! Ha crecido mucho... Cierto que tiene tres años más que su hermano. Le dejé con su tío de Cabrol, que vuelve de Viena en uso licencia por algunos meses y que se le llevará á sus posesiones. Como él es quien debe encargarse de su carrera, quiere conocerle y observarle de cerca, lo cual se comprende... Yo estoy sola aquí con Pedro, que es un aturdido, un verdadero caballo desbocado... ¡Ah! Ya le oigo, ya viene... ¡Dios mío, añadió al verle entrar, parece un bandido!

En el mismo instante presentóse un muchacho bastante alto, de tez morena, ojos negros, cabello cortado tan al rape, que se hubieran podido contar las menores protuberancias del cráneo, y labios rojos y gruesos. Su chaqueta de cutí, con los botones arrancados, estaba agujereada en los codos y tenía más de un girón. Al presentarse se quitó el sombrero de paja, dejando ver en el fondo un orificio por donde se escapaban algunas briznas.

Gilberto sonrió al pensar en el minucioso arreglo de su traje, pero no admiró menos la desenvoltura del saludo, breve, rápido y hecho sin timidez ni vacilación, en aquella sala donde Pedro no esperaba encontrar á nadie, y envidió aquel aplomo tan natural. La condesa había empujado á su hijo suavemente hacia Gilberto para que le diera la mano; después el chico fué á sentarse cerca de ella, grave y sin decir nada, y ya no se movió.

Entretanto la condesa continuó la conversación, sin perder de vista al joven Maujeán, como si prosiguiera su examen, aunque fijándose ahora en las cualidades morales, y tratando con maternal solicitud la cuestión de saber qué podría resultar para su hijo de aquella nueva amistad. El examen fué favorable sin duda, pues al cabo de un instante, y como se abordaran ciertos asuntos íntimos, la condesa dijo á los muchachos que fuesen á distraerse al jardín.

Los dos obedecieron al punto, y un momento después hallábanse en el huerto donde en las ramas escuálidas de los árboles brillaban los rayos del sol que doraban las ciruelas claudias, cuya amarillenta piel se había agrietado y presentaba jugosas heridas, por donde se escapaba el sabroso zumo que se disfrutaban enjambres de moscas. Pedro sacudió un ciruelo, cuyos frutos cayeron en tierra como lluvia de balas, é invitó á Gilberto á comer de ellas, dándole él ejemplo.

– ¿Quieres que ahoguemos ahora las hormigas?, dijo á su compañero después que ambos se hubieron hartado de fruta. Ya verás; es muy divertido.

Aceptada la proposición, los dos chicos, con esa crueldad inconsciente y propia de todos los de su edad, entregáronse á una diversión bárbara: iban al estanque á llenar de agua grandes regaderas, y vertíanla después lentamente en los hormigueros, cuyos habitantes, grandes hormigas de cuerpo rojizo, huían en desorden llevándose sus huevos. A veces las dos regaderas se vaciaban sin que el agua, perdiéndose en las galerías subterráneas, hubiese refluído por el orificio.

– He aquí un hormiguero bien hondo que aún no se ha llenado de agua, exclamó Pedro, riendo á más y mejor.

Al decir esto saltaba de alegría, y sus carcajadas confundíanse con el zumbido de los insectos. Después se entretuvo en el estanque, pescando con las puntas de sus dedos los renacuajos que retozaban en las orillas, para arrojarlos á larga distancia en el agua. El calor, produciendo su efecto en aquella tierra húmeda, parecía incubar á la sombra y hacer fermentar la vida; de modo que allí pululaban los seres microscópicos, las larvas apareadas, las lombrices que se retorcían en el fango y legiones de ligeros insectos de cuatro patas que se deslizaban rápidamente sobre la tersa superficie líquida. Gilberto debía conservar largos años, con el recuerdo de aquellas minuciosas visiones, la impresión de frescura que sentía cuando esquivándose de los rayos del sol franqueaba los escalones inseguros del estanque... Tampoco olvidaría la sorpresa que le causó la rusticidad de los pasatiempos á que se entregaba el joven Pedro de Cabrol.

Sin embargo, cuando las cigarras se callaban, siguiéndose el silencio, oíase un ruido sordo y cadencioso que golpeaba la tierra; procedía de la granja que se divisaba á doscientos metros, á través de las moreras y de las vides, y en la que se verificaba la operación de la trilla: á ella enderezaron sus pasos los dos muchachos.

Cada cual se apoderó al punto de una horquilla; pero cansados muy pronto, fueron á echarse á la sombra de una muela; y mientras que la paja se aplastaba bajo el peso de sus cuerpos, distrajéronse mirando cómo daban vuelta los caballos y el cilindro se deslizaba sobre los haces á la vez que los trilladores levantaban y bajaban los brazos á compás. Algunas veces, al pasar cerca de los muchachos, los campesinos les dirigían algunas bromas, motejándolos por su pereza, y proponían al «señor Pedro» trocar el puesto que ellos ocupaban por el suyo, al oir lo cual Pedro sonreía sin contestar. Bien se adivinaba que era querido de todos.

El calor que la muela despedía, y una especie de sofocación ocasionada por el fino polvo que se elevaba en el aire, producían en los dos chicos una especie de sopor, contra el cual se resistía más el joven Cabrol, que aprovechándose del cansancio de su compañero, comenzó á molestarle sirviéndose de una larga paja para hacerle cosquillas en el oído. Gilberto la separó varias veces, desviándola con dulzura; pero cansado al fin, cogió el brazo de su nuevo amigo. Precisamente lo que Pedro quería era un pretexto para desplegar su fuerza, pues se precipitó sobre Gilberto, y los dos comenzaron á rodar uno sobre otro, enlazados como dos serpientes y forcejeando tan pronto encima como debajo. Cuan-

do Pedro llevaba la ventaja, sujetaba vigorosamente las muñecas de Gilberto, se sentaba en su pecho é inclinábase sobre su compañero con una sonrisa nerviosa de triunfo. Gilberto veía entonces junto á su rostro los grandes ojos negros de su vencedor, que le miraban fijamente, los gruesos labios sensuales y la tonsura delgada y pálida que el cabello recientemente cortado había dejado entre éste y el color moreno de la piel.

El joven Maujeán experimentaba cierta satisfacción secreta por aquellas familiaridades de un muchacho á quien reconocía como de una clase superior á la suya; en la rudeza de aquellos juegos, que ponían sus cuerpos en contacto, en la estrecha unión de sus manos entrelazadas por la lucha, sentía la sensación de un nuevo placer que halagaba su orgullo. Despertábase en él un profundo cariño con la idea de una vaga y voluntaria aceptación de inferioridad, y presentíale también en Pedro al mismo tiempo con una prontitud que le encantaba. Entonces le conoció tal como debía ser siempre andando el tiempo, es decir, buen muchacho, sin altivez ni pretensiones, á pesar de su elevada posición.

Cuando estuvieron cansados de luchar hablaron tranquilamente de sus estudios, de sus profesores y de todo cuanto interesa en esa edad... Pedro se proponía entrar en Saint-Cyr; mientras su compañero ignoraba aún lo que haría.

–¡Bah! Al fin harás como yo, exclamó Gilberto.

Ya hablaban de no separarse nunca. Aunque el sol declinaba, no tenían en cuenta la hora que era, cuando oyeron que les llamaban: «¡Pedro... Gilberto!...» Al volver á la casa, Pedro se puso el quepis de su amigo, y éste se encasquetó el sombrero de paja, y abrazados avanzaron marcando el paso. La condesa y la señora Maujeán, de pie en el pórtico, los miraban sonriendo.

La buena inteligencia entre ellas era también completa. La condesa había prometido á su amiga devolverle la visita, rogándole que permitiese á su hijo ir á jugar con Pedro. La distancia que debía recorrer para trasladarse al castillo era muy corta y el camino tan frecuentado, que nada había que temer.

–Vamos, ¿qué te ha dicho el vizconde?, preguntó la señora de Maujeán á su hijo cuando se vieron solos.

El muchacho habló de sus juegos con Pedro y la madre hizo á su vez el elogio de la condesa, sin cansarse de alabarla. Aquella visita había bastado para transformar á los dos; sentíanse grandes y estaban orgullosos. Sus pensamientos flotaban en una delicada embriaguez difícil de analizar, de la cual no disfrutan, según parece, sino las personas elegidas y poco envidiosas, á quienes las superioridades sociales no resienten, y que se adaptan á ellas y saben obtener de las mismas el mayor encanto para las relaciones de la vida. En fin, eran completamente felices, porque acababan de hacer su entrada en el mundo de la nobleza.



... y abrazados avanzaron marcando el paso

II

A partir de aquel día, Pedro de Cabrol y Gilberto volvieron á verse con frecuencia, y en las vacaciones siguientes pasaron todo el tiempo juntos. Gilberto había comunicado sus gustos á su amigo y le arrastraba en sus correrías por los cerros; iban á bañarse al río y á pescar en los remansos, volviendo por la tarde sin más botín que algún tabardillo y la ropa hecha girones.

Gilberto iba á buscar á su amigo á primera hora de la mañana, subía á su habitación, y despertábale de su profundo sueño, no sin que fuera necesario sacudirle repetidas veces. Al fin decidíase á sentarse en el borde de su pequeña cama de hierro, con las piernas colgando; su camisa arrugada dejaba descubiertas las rodillas y permitía ver el pecho; pasaba un rato estirándose y bostezando, y después daba algunas vueltas por la habitación con los pies descalzos, mostrando á su amigo diversos objetos, hasta que apremiado por Gilberto, consentía en vestirse. Después bajaba á la cocina, donde á tan temprana hora todo estaba cerrado aún, cortaba un pedazo del pan moreno de los criados, clavando en él los dientes con el mejor apetito, y poníase en marcha con su amigo para emprender una nueva expedición.

Un año, Pedro no fué á pasar sus vacaciones en Chatillón, por haber tenido que acompañar á su hermano á casa de su tío de Cabrol. Su ausencia privaba á Gilberto del gusto de entregarse á sus distracciones acostumbradas, y entonces fué cuando, no sabiendo en qué ocuparse, resolvió ensanchar el campo de sus exploraciones, visitando los montes Saint-Genix, cuyas lejanas cimas divisaba en todos sus paseos, atrayéndole irresistiblemente. ¿Qué iba á buscar en aquellas cumbres, en aquella región silenciosa, á costa de tantas fatigas? Lo ignoraba... Alguna cosa que no halló, y que seguramente no debía encontrarse allí; alguna cosa que á los diez y seis años, su edad entonces, le hubiera ayudado á llenar el inquieto vacío que sentía en el corazón.

Pedro volvió al año siguiente, y entonces fué cuando, gracias á él, entró en relaciones con la familia de la Fonfreyde.

–Voy á llevarte á Mareuil, le dijo; allí verás á la anciana marquesa.

Gilberto no conocía el pueblo de este nombre, en el cual no se había fijado durante sus excursiones, pues se oculta en un repliegue de cerros casi al pie de los montes Saint-Genix. Para ir á él se ha de seguir el camino de Batigny hasta el punto donde el río le corta deslizándose bajo un puente de piedra, á corta distancia del caserío de la Frensay, y después se remonta el torrente por el camino arenoso que le flanquea, sombreado por las acacias y los álamos.

Cuando hubieron llegado á este punto, Pedro se precipitó hacia una cuesta.

–Subamos por los cerros, dijo, y así llegaremos antes.

El itinerario parecía serle familiar, pues no vaciló nunca entre los senderos que se cruzaban. Cuando llegaron á la cima del montecillo que domina la carretera, detuviéronse para tomar aliento, y Pedro señaló á lo lejos el castillo de la Rivoironne, donde habitaba la familia de Bagrassand.

–Son primos de la marquesa, dijo Pedro, que también pertenece á los Bagrassand... ¡Oh! Son muy ricos... No sé cuántas granjas poseen en el país, y también canteras, fábricas y altos hornos...

Los dos muchachos prosiguieron su marcha por la senda que conducía á la cima de los cerros: los grajos huían á su paso refugiándose en los enebros para remontar después á la copa de los pinos; mientras Pedro y su amigo avanzaban rápidamente, aplastando bajo sus pies los terrones margosos desprendidos á su paso, con los pechos dilatados, aspirando con ansia los penetrantes olores resinosos emanados por la fuerza del calor del sol. En el cielo azul y sin nubes, Gilberto sentía flotar una alegría que se apoderaba de él como si fuese en busca de alguna sorpresa agradable, y cual si tuviese el presentimiento de que aquel día hubiese de ser memorable en su existencia.

Sin embargo, sentíase poseído de cierta emoción al acercarse á Mareuil, pues se acordaba mucho del anciano general Fonfreyde, que algún tiempo antes había muerto en el distrito donde ejercía el mando y cuyos funerales fueron un acontecimiento en la comarca. El nombre de Fonfreyde bastaba por sí solo para impresionarle de una manera singular: era el de uno de los caseríos que él había atravesado al recorrer en otro tiempo el monte. Del antiguo castillo no quedaban más que algunos lienzos de muralla ruinosos, pues habían pasado muchos años, muchas generaciones desde que los Heurtard de la Fonfreyde fueron á establecerse en Mareuil, y el joven experimentaba un sentimiento de respeto y admiración hacia la familia cuyo nombre se perpetuaba en el de un pueblo y cuya gloria databa de tan antiguo.

Y sin embargo, solamente iba á ver á la viuda del general, la anciana marquesa de la Fonfreyde. Su hijo único había muerto en Argel siendo capitán de spahis, al practicar un reconocimiento en los límites del desierto, y su esposa no le había sobrevivido mucho tiempo, dejando por única sucesión una niña de diez á doce años, esa misma Blanca de Fonfreyde que habitaba en París durante el invierno con su abuela é iba á pasar el verano en el castillo de Mareuil. Pedro fué quien le refirió todos estos detalles en el camino.

Las colinas se sucedían, y los jóvenes continuaban siempre su marcha por la arista, subiendo y bajando según los accidentes del terreno; los bosques que atravesaban, inundándoles de sombra, impedíanles á veces ver el horizonte; pero de improviso, al salir de un encinar que se prolongaba por una pendiente, divisaron el bonito valle que delante de ellos se extendía, y á cierta distancia el castillo de Mareuil, asentado sobre sus altos bancales.

En aquel punto los cerros se desviaban como para presentar una perspectiva, y todas las rampas estaban cubiertas de bosque, excepto algunas raras vertientes, donde se veían campos ya segados. En aquel momento, varios bueyes arrastraban el arado, y la sombra que proyectaban parecía subir lentamente á lo largo de la colina, al paso que se oían resonar en el aire sereno el rechinamiento de los ejes de las ruedas y las excitaciones de los labradores. Las casitas bajas de la aldea amontonábanse todas en el fondo del valle alrededor de un campanario antiguo, en lo alto del cual se veía un gallo, y se agrupaban en las dos orillas del Herblette, que llega allí por diversos puntos, filtrándose desde las alturas vecinas. Los bosques, formando las dependencias del parque y prolongándose en un espacio que se perdía de vista, presentaban otra vez más allá del pueblo extensos claros, verdes praderas y estanques cuyas aguas brillaban á los rayos del sol.

El castillo, que databa de varias épocas, era un mundo de piedras; aún subsistían algunos fragmentos, cuyas puertas y ventanas ojivales indicaban su antigüedad; pero habían sido englobadas en construcciones sucesivas, que ocultaban las torrecillas cubiertas entonces de tejados planos. La puerta principal no databa más que del último siglo; pero la elegancia imponente de aquella fachada, las altas chimeneas, el campanario destacándose sobre una construcción en forma de capilla, los vastos cobertizos que rodeaban el edificio como una línea de bastiones, enlazados por altos muros, y la soledad de los bosques que se extendían en los alrededores; todo esto sedujo á Gilberto, quien comprendió que la vida de los que habitaban allí no podía ser como la de los que residen en la ciudad.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUÍMICA RECREATIVA

LA DIFUSIÓN DE LOS GASES

En nuestro anterior artículo explicamos algunos experimentos que demuestran la difusión de los gases; de los otros muchos que nos conducirían al mismo objeto, escogemos para ofrecerlos á la atención de nuestros lectores los dos siguientes:

Tómese una pipa y ciérrese herméticamente su fogón con un tapón macizo y adáptese á su tubo por medio de un trozo de caucho un pequeño tubo de cristal encorvado, que contenga una gota de líquido colorado que servirá de índice. Colóquese la pipa sobre un mechero de gas abierto ó cúbrasela con un vaso lleno de hidrógeno ó de gas del alumbrado (fig. 1) y se verá que el líquido colorado sube en la rama libre del tubo en que está contenido, lo cual indica un aumento de presión debido al hidrógeno que ha penetrado al través de los poros de la pipa y que ha venido á aumentar la presión del aire.

Para llenar de hidrógeno, sin tocarlo, un pequeño frasco lleno de agua, introdúzcase en ésta por el gollete de aquél un tubo de caucho unido al tubo de la pipa que nos ha servido para los anteriores experimentos: cúbrase la pipa, como en el experimento anterior, con un vaso lleno de hidrógeno, y se verá subir á la superficie del agua contenida en el frasco pequeñas burbujas gaseosas, que en un principio no son más que el aire desalojado por el gas que penetra allí y después este mismo gas. Repitiendo varias veces esta operación, acaba por llenarse el frasco, de suerte que al aproximarlo á una llama, arde con una ligera detonación.

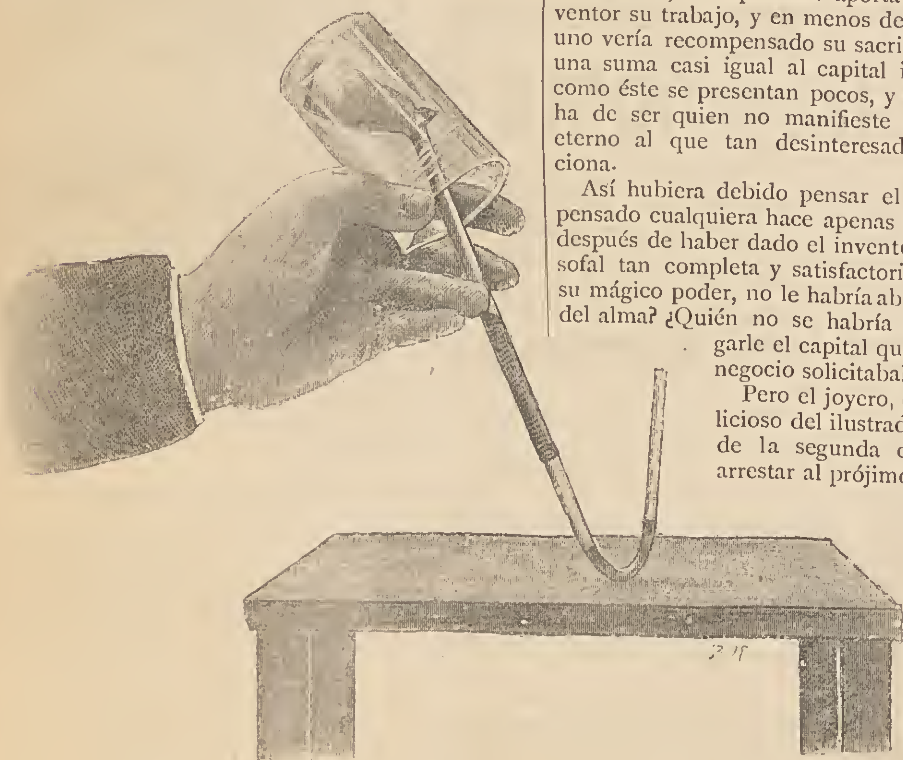
La fuente maravillosa. – Tómese un frasco de ancho gollete, llénesele casi completamente de agua colorada y ciérrese con un buen tapón en el que previamente se hayan hecho dos agujeros: en uno de éstos se introduce apenas el tubo de la pipa preparada como en el experimento anterior, es decir, cuyo fogón esté cerrado por un tapón macizo, bastante delgado y untado de cera, y en el otro hácese entrar un tubo de cristal de modo que casi llegue hasta el fondo; este tubo ha de ser encorvado y terminado en punta en su parte exterior.

Cubriendo la pipa con un vaso lleno de hidrógeno ó de gas del alumbrado, podrá hacerse manar á voluntad esa fuente; el gas penetra al través de los poros de la pipa y aumenta la presión sobre la superficie del líquido, que al poco rato sale al exterior, cesando éste de manar en cuanto se retira el vaso; entonces el aire penetra en el agua del frasco en grandes burbujas á causa de la salida fácil del gas, al paso que el aire entra difícilmente.

Si la rama exterior del tubo fuese un poco más larga que la parte de éste introducida en el frasco, el aparato sería un sifón que funcionaría en cuanto se hubiese cubierto la pipa con el vaso lleno de gas. Este es un nuevo sistema de hacer el vacío.

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustrée*)



Química recreativa. – Fig. 1. La difusión de los gases al través de las paredes de una pipa de tierra

ALGO SOBRE EL ORO

No hace muchas semanas presentóse á un joyero de Londres un extranjero con la asombrosa noticia de que había encontrado la piedra filosofal, ofreciéndose á probar lo que decía, como en efecto lo demostró al día siguiente. De un frasco sacó una moneda de oro que colocó en un crisol, cubrióla con un líquido en el que echó un polvo negro y fundió aquella mezcla por espacio de una hora, transcurrida la cual rompió el crisol, retirando de él una bola de oro puro, cuyo peso era tres veces mayor que el de la moneda de que para el experimento se había servido.



Química recreativa. – Fig. 2. La fuente maravillosa

El joyero quiso ver repetido el experimento en su propio laboratorio, y allí pudo comprobar por sus propios ojos cómo veinte monedas de oro se convertían al poco rato en una masa del precioso metal de un peso igual por lo menos á cincuenta de aquéllas.

El descubrimiento de la piedra filosofal era, pues, un hecho, y el afortunado inventor de la misma propuso al joyero que le entregara 40.000 monedas que él, con su procedimiento de fundición, convertiría en 100.000 á los diez y ocho días de tenerlas sumergidas en su misterioso ácido. La ganancia que de tal operación resultara se repartiría en partes iguales entre los dos, de suerte que cada socio se embolsaría 30.000 libras esterlinas.

Preciso es confesar que las condiciones eran inmejorables; el capitalista aportaba el dinero, el inventor su trabajo, y en menos de tres semanas cada uno vería recompensado su sacrificio y su labor con una suma casi igual al capital impuesto. Negocios como éste se presentan pocos, y muy desagradecido ha de ser quien no manifieste un reconocimiento eterno al que tan desinteresadamente lo proporciona.

Así hubiera debido pensar el joyero; así habría pensado cualquiera hace apenas cien años. ¿Quién, después de haber dado el inventor de la piedra filosofal tan completa y satisfactoria demostración de su mágico poder, no le habría abrazado como amigo del alma? ¿Quién no se habría apresurado á entregarle el capital que para tan brillante negocio solicitaba?

Pero el joyero, que era un hijo malicioso del ilustrado siglo XIX, después de la segunda citada prueba hizo arrestar al prójimo, acusóle de tentativa de estafa y en vez de las 40.000 libras que le pedía proporcionóle una condena de algún tiempo de cárcel.

Tal ha sido la suerte del último inventor de la piedra filosofal, que de haber vivido hace dos siglos, quizás hubiera llegado á ser un grande hombre, pues de fijo que entonces nadie habría dado crédito al joyero, si éste hubiese afirmado que el polvo negro de que aquél se servía era ni más ni menos que oro que en el crisol se fundía con la moneda, y todos hubieran rechazado con indignación la sospecha de que el tal sujeto pedía las 40.000 monedas, no para echarlas en un crisol, sino para esconderlas en una maleta y largarse con el dinero á otra parte.

Vivimos en una época mala, escéptica, que no estima el mérito en lo que vale. Nuestra pasión por el brillante rey de los metales es mayor que nunca, y si se presenta alguien que dice haberle vencido y dominado, no damos crédito á sus palabras.

Pero aun cuando todos los alquimistas habidos y por haber, aun los más modernos, hubiesen sido la gente más noble y leal del mundo y hubiesen fabricado todo el oro que fabricar pretendieron, ¡qué significaría cuanto ellos hubiesen hecho al lado del hombre de quien nos dicen, desde Inglaterra, que ha descubierto nada menos que un tesoro de oro verdadero, natural, metálico, cuya magnitud excede á todo cuanto en punto á riqueza puede nuestra mente concebir! ¡Un tesoro de más de 100 millones de libras de oro, lo que reducido á nuestra moneda representa 2.500 millones de pesetas! Comparada con esta suma la fortuna del mismo Rothschild resulta poco más que una miseria. Y este tesoro no está enterrado, sino que existe en la superficie del suelo de la colosal ciudad de Londres y en las rocas cretáceas de las costas inglesas.

Suplicamos á nuestros lectores que no vayan á figurarse que tratamos de darles un bromazo: nos merecen demasiado respeto para que nunca nos creamos autorizados á ello. Referimos un hecho cierto, y sólo debemos añadir que por desgracia nadie está en condiciones de poder hacerse con ese tesoro inaudito, pues aun cuando se halla poco menos que á la vista, está demasiado bien enterrado.

El descubridor de tamañas riquezas es el profesor Logan Lobley, geólogo inglés tan sensato como fidedigno, que ha dado á conocer su descubrimiento en la memoria de la *British Association*, correspondiente al año pasado, que acaba de publicarse. En cuanto al tesoro, he aquí en qué consiste:

Desde hace mucho tiempo es sabido que casi todas las piritas contienen oro; en efecto, de los desechos de las piritas que se usan en las fábricas de ácido sulfúrico se extrae regularmente una cantidad de oro no despreciable. Pues bien: la pirita abunda en muchos puntos de la tierra; diseminada en forma de cristalitos se la encuentra en la mayor parte de los esquistos arcillosos y en otras concreciones marinas; entre ellas en el suelo arcilloso de Londres y en las rocas cretáceas de las costas de Inglaterra. Y como es conocido el volumen de estos yacimientos, fácilmente ha podido Lobley calcular la cantidad de pirita existente en ellos, llevándole naturalmente este cálculo al conocimiento de la cantidad de oro que tales piritas contienen y cuyo valor alcanza á la enorme cifra antes indicada.

Pero no terminan aquí las noticias notables acerca del oro. Sonstadt, un metalúrgico sueco que reside en Inglaterra y cuyos excelentes trabajos le han conquistado general renombre, ha hecho á fuerza de delicadas investigaciones un descubrimiento mucho más sorprendente que el anterior: el de que el agua de mar contiene oro en disolución. En efecto, en el agua del Atlántico ha encontrado una cantidad del precioso metal, que está en relación de un gramo por 20.000 litros, ó sea en una proporción de una vigésima millonésima parte del agua.

Ahora bien; cubíquese el agua de todos los mares de nuestro planeta, calcúlese la cantidad de oro en ella disuelta, aun suponiendo que Sonstadt se haya equivocado en un decimal, es decir, que aquélla contenga diez veces menos de metal que el supuesto, y todo el oro que desde que el mundo es mundo se ha extraído de la tierra sería nada comparado con la cantidad que aquel cálculo daría como resultado.

Pero todos estos cálculos serían inútiles y de ningún valor si con ellos no se relacionara una nueva é interesante teoría acerca del origen del oro en la tierra. Hasta ahora se ha creído que el oro es de origen plutónico, y se ha considerado como yacimiento primario del oro la roca primitiva en donde se encuentra diseminado: Lobley se opone á esta teoría y combate á los que sostienen que en el interior de la tierra existe un tesoro aurífero del cual las piedras volcánicas sólo han hecho llegar á nuestras manos una mínima parte. De ser esto cierto, dice, los escombros que arrojan los volcanes deberían contener oro, cosa

que casi nunca acontece. El yacimiento primitivo del oro, según Lobley, es el mar, en cuya agua está este metal disuelto en forma de clórido; los sedimentos que del mar se separan arrastran consigo el oro, y dondequiera que en tales sedimentos se forman concreciones metálicas, penetra el oro en éstas. Las venas auríferas que se encuentran en las hendiduras de las rocas plutónicas han penetrado en ellas por la infiltración de agua de mar en las piedras todavía en estado de ignición, disolviéndose en la masa ígneo-líquida de las rocas las partes innobles del agua y permaneciendo en ellas indisoluble el precioso metal.

¿Quién decidirá si esta nueva teoría es la verdadera?

Lo único cierto que de todo ello se desprende es: que el oro es uno de los elementos más abundantes y extendidos, bien que en cantidades tan pequeñas que sólo podemos apropiárnoslo y utilizarlo cuando en virtud de un proceso gradual ha llegado hasta la corteza terrestre.

¡Y decir que vemos á los hombres afanarse y aun cometer actos ilícitos por procurarse un producto natural que en cantidad incalculable les rodea por todos lados! A cada paso nuestros pies pisan el precioso metal; como el rey Midas, envuélvenos el oro líquido cuando nos sumergimos en las aguas marinas, y sin embargo, no podemos apoderarnos de él y seguimos consumiéndonos en nuestro ardiente deseo de poseerlo.

(Del *Prometheus*)

***

EL COFERDÁN DE AMIANTO

El coferdán de celulosa empleado en los buques de guerra no ha dado los buenos resultados que se creía: después del paso de un proyectil puede formarse una vía de agua, y si se trata de un obús la celulosa se enciende. M. J. T. Luciani, de Bastia, propietario de unas minas de amianto en Córcega, propone sustituir en los citados buques la celulosa con el amianto: éste, al parecer, está dotado de tal elasticidad que atravesado por un proyectil ó agujereado por el choque contra el pico de una roca, se cierra espontáneamente, y al contacto del agua aumenta de volúmen formando una especie de almástiga impermeable: su incombustibilidad ofrece además en esta aplicación grandes ventajas. Pero en cambio presenta el inconveniente del exceso de carga. El peso específico del amianto es de 2'1 á 2'8; es decir, que pesa de 16 á 55 por 100 más que la celulosa: para reducir ese exceso y por consiguiente el aumento de calado, se ha pensado en reducir en proporción inversa de los pesos específicos el espesor del cinturón protector. Este espesor reducido ¿sería aún suficiente para que la obturación espontánea conservase su eficacia? La respuesta es dudosa, porque el amianto, *menos* elástico que la celulosa, parece exigir mayor espesor que ésta en el coferdán, á menos de que el aumento de volumen por el contacto del agua no compense esta deficiencia. Pero hay que tener en cuenta que el amianto en fibra es impenetrable al agua é insoluble en este líquido.

De todos modos, merece ser atendida la proposición de M. Luciani por su gran importancia.

(De *La Nature*)

GOTA Y REUMATISMOS
Curacion por el LICOR y las PILDORAS del Dr Laville: El LICOR se emplea en el estado agudo; las PILDORAS, en el estado crónico.
Por Mayor: F. COMAR, 28, rue Saint-Claude, PARIS
Venta en todas las Farmacias y Droguerias.—Remítese gratis un Folleto explicativo.
EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA: Laville D.M.P.

SOCIEDAD de Fomento Medalla de Oro. PREMIO de 2000 fr.
JARABE Y PASTA de H. AUBERGIER con LACTUCARIUM (Jugo lechoso de Lechuga)
EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 Medallas de Honor.
Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Colección Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.
« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el *Catarro epidémico*, las *Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma é irritacion* de la garganta, han grangeado al JARABE y PASTA de AUBERGIER una inmensa fama. »
(Extracto del Formulario Médico del Sor Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26a edición).
Venta por mayor: COMAR Y Ce, 28, Calle de St-Claude, PARIS
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de Sn-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

Las Personas que conocen las
PILDORAS del Dr DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILULES DE BLANCARD
SIROP D'IODURE DE FER INALTÉRABLE BLANCARD
Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrofulas**, la **Tísis y la Debilidad de temperamento**, asi como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &a**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.
Blancard Farmacéutico, en Paris, Rue Bonaparte, 40
N. B. El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las *verdaderas Píldoras de Blancard*, exigir nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma puesta al pié de una etiqueta verde y el Sello de garantia de la Unión de los Fabricantes para la represión de la falsificación.
SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

PERFUMERIA - ORIZA
Perfumes líquidos ó solidificados
DE L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
Paris
ÚLTIMA NOVEDAD Oriza Perfumes Solidificados 12 olores muy finos bajo la forma de lápices.
JOCKEY-CLUB BOUQUET
Basta frotar con el lápiz los objetos que se desean perfumar
Al por mayor en Casa de JAIME FORTEZA 34, Escudillers, Barcelona

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD CON QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia**. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas y Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estomago* y los *intestinos*.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino** de **Quina** de **Aroud**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacentico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
Querido enfermo. — Fiese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Asi vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Enfermedades del Pecho
Jarabe Pectoral
DE
P. LAMOUROUX
Antes, Farmacéutico
45, Calle Vauvilliers, Paris.
El Jarabe de Pierre Lamouroux es el Pectoral por excelencia *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.*
(Gaceta de los Hospitales)
Depósito General: 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS
Se vende en todas las buenas farmacias.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. – La caja: 1 fr. 30.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores



EN LA PLAYA, cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurní

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61. París.–Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y C.ª, Diputación, 358, Barcelona

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
(EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B.ON BARRAL)
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco: 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDES et Cie Bd St-Denis, 16

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 25 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS 1867 - LYON 1872 - VIENA 1873 - PHILADELPHIA 1876 - PARIS 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO
El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.
El Jarabe y las Grajeas con proto-ioduro de hierro de F. Gille, no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.
(Gaceta de los Hospitales).
Depósito General: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorósis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbuticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reune todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón